

28
5628

Froilán Perrino López

PRESBITERO



MI ANTIQUO ALBUM

POESIAS



3

* Sbila: Imprenta católica de
Emiliano González Bobiux, año
del Señor MCXV. * * * *



123
DE MI ANTIGUO ALBUM

COLECCION DE POESIAS RELIGIOSAS
Y MORALES



1041109

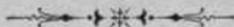
243



243

R. 1323. —

De mi antiguo Album



COLECCION

DE

POESIAS RELIGIOSAS Y MORALES

escritas por el Presbítero

Don Froilán Ferrino López.



AVILA

Imprenta católica de Emiliano Gonzalez Robina.

1905

ES PROPIEDAD

Al Señor

Don Carlos Sánchez Póusa,

Aldcalde de la Ciudad de Avila, y á la
Excm^a. Corporación, que muy dignamente
preside.

Excm^o. Señor:

*El libro, que á V. E. ofrezco, desprovisto
está, bien lo sé, de todo mérito literario.*

*Pero el haber sido escrito junto á la cuna de
SANTA TERESA DE JESÚS y el respirar, todo él,
amor á mi fe y á mi patria me hacen esperar
que V. E. le recibirá agradablemente, y no
desdeñará la cortedad de tan humilde servicio,
poniendo los ojos en mi buen deseo.*

Froilan Perrino.

Licencia.

OBISPADO DE AVILA



Avila 19 de Agosto de 1905.

Visto el informe emitido por nuestro Comisionado para la censura del libro titulado «DE MI ANTIGUO ALBUM, colección de poesias religiosas y morales» escritas por el Presbitero de esta Diócesis Don Froilán Perrino, y no conteniendo cosa alguna, que se oponga al dogma ni á la moral, antes por el contrario, respiran piedad y devoción, venimos en conceder y concedemos á su autor nuestra licencia para su impresión y publicación, debiendo remitir á Nos para archivarlo en esta Secretaria de Cámara un ejemplar con la firma y rúbrica del censor.

† JOAQUÍN, OBISPO DE AVILA.

POR MANDADO DE S. S. ILMA. EL OBISPO MI SEÑOR

DR. JOSÉ PRUDENCIO,

Arcediano Secretario.



ALLA



I

Allá, en medio de la sierra,
sobre una loma empinada,
levanta al cielo sus torres
y sus antiguas murallas.

Yo la ví por vez primera
siendo niño á la luz pálida
de la luna melancólica,
que sus almenas besaba,
muda, solitaria, austera,
como una prisión fantástica,
donde encantadas gimieran
en silencio ninfas ó hadas.

Luego la he visto mil veces
á la tenue luz del alba,
cuando el sol toca en el cénit
ó se esconde en las montañas,
y ¡que recuerdos tan gratos
en mi memoria brotaban,



ya contemplándola en horas
de luz dulcemente vaga,
ya inundada por torrentes
de intensa luz meridiana!

¡Qué bella siempre, qué bella!
Extático la miraba,
lo mismo cuando cubría
su arrogancia de Sultana
con el manto de la nieve,
que su cabeza ocultaba,
que al contemplarse del río
en las cristalinas aguas,
aspirando los sutiles
aires de las cumbres altas,
saturadas de perfumes,
que penetran hasta el alma,
hablándola de pureza,
de dulzuras, de nostalgias.

—

Hoy que soy hombre y discurro
por tus calles y tus plazas,
cedí al ardiente deseo
de cantarte al son del arpa.

Escucha las vibraciones,
de sus cuerdas destempladas.
y recibe, Avila noble,
con mis cantares mi alma.



II



Extático á lo lejos te contemplo,
Y al pisar los umbrales de tus puertas
No me atrevo á pasar más adelante
Sin besar antes con fervor la tierra.

Tus templos, esos templos que á las nubes
Su cúpula levantan cual se eleva
Entre efluvios de amor y de esperanza
Al cielo el alma, que en el cielo sueña,
Esos templos sagrados, en que el arte
De lo grande dejó la inmensa huella,
Hablan al alma tanto... Tus conventos,
Esos asilos donde el bien se alberga,
Y donde tiene la verdad altares,
Que fascinan mi pobre inteligencia,
Son nidos de Querubes celestiales,
Que al pasar un momento por la tierra,
Dejan allí, como la flor purpurea
En el jardín la delicada esencia,
De sus virtudes el aroma suave,
Que al alma encanta, cuando al alma llega.

Domingo de Guzmán ¿Quién cantar puede
Los héroes que tremolan tu bandera
Del gran Segundo en la ciudad bendita,
Y acuden con ardor á la pelea,
Ganando para Cristo miles de almas,
Dando su vida en apartadas tierras?

¿Quién cantará las glorias, que alcanzarán
En las altas regiones de la Ciencia?

Viajero, que pasas junto al templo
Donde los hijos de Domingo rezan,
Deten tus pasos un momento solo,
Párate aquí, descubre tu cabeza.

¿Ves esos religiosos de rodillas,
Que casi tocan con la frente en tierra?
¿Los ves orar humildes como niños?
Pues son los Sacerdotes de la Ciencia:
Si buscas sabios entra en ese asilo,
Y un sabio encontrarás en cada celda;
¡Salve oh preclaros hijos de Domingo!
¡Colegio de Tomás, bendito seas!

III

Almas puras, que soñáis
Con otro mundo mejor;
Corazones que adoráis
La santidad y el candor,
Que como joyas guardáis.

Que halláis pobre, triste el suelo
Y váis de la gloria en pos
Con sublime, ardiente anhelo,
Almas que fascina el cielo
Y á quienes arrastra Dios:
Entrad, vosotros, entrad,
De mi adorada ciudad

En esos asilos santos,
Do habita la soledad
Con sus célicos encantos.

No profanen las moradas,
Donde la virtud se encierra,
Las almas que acostumbradas
A los aires de la tierra,
Quedaran allí asfixiadas;

Que para poder gozar
De la gloria la dulzura
Es preciso respirar
El aroma singular
De la santidad más pura.

Decid, decidme qué siente
Vuestro pecho al contemplar
Tanto Querub reverente,
Que ora extático, ferviente
Ante el deslumbrante altar.

...¡Que quiénes son? Con profundo
Placer habéis contemplado
En ese asilo sagrado
A la joven del gran mundo,
Que al gran mundo ha despreciado,

Alma, que de los placeres
Y riquezas te enamoras,
Tú no entiendes á estos seres,
A estas benditas mujeres,
Que llaman *Reparadoras*;
Que al oro y á los honores

Dieron un eterno adios,
Que viven como las flores,
Y á Dios rinden sus amores,
Porque las cautiva Dios.

En ese nido bendito
De azucenas, no sé qué
De sublime mi alma ve...
¡Me anonada lo inñito
Y me deslumbra la fé!

.

Avila: cuando tu duermes
Del Adaja en las orillas
De la negra noche envuelta
En las tinieblas sombrías,
Oigo una voz seductora,
Una voz, que me cautiva,
No es el eco de las olas,
Que tus plantas acarician,
Ni los gemidos del viento,
Ni el suspiro de las brisas;
Es el cántico sublime
Del alma que de rodillas
Ora ante el trono sagrado
Del Dios de la Eucaristía;
Es la voz de quien el mundo
Desprecia con sus caricias,
Y en vivir junto al altar
Encuentra toda su dicha.

Allí... dentro de tus muros
¡Hay tantas almas purísimas,
Cual la paloma que gime
Entre la piedra escondida!...

Hay tantas vírgenes castas
Como la azucena nivea,
Que alzan su voz más suave
Que el suspiro de las brisas
Cuando al venir de la aurora
O de la noche sombría,
Postradas ante el Sagrario
Que hace todas sus delicias,
Cantan el himno de amor
Al Dios de la Eucaristía!...

IV

Extranjero, que pisas la tierra,
Que habitaron Querubes del cielo,
¡De rodillas! ¿no ves del Carmelo
A los hijos allí desfilar?

¿En su frente no ves la pureza
De la Virgen Teresa heredada?
¿Y no sientes el alma asombrada
Su eminente virtud al mirar?

—
Salve, salve, progenie bendita,
De Teresa inmortal, yo te admiro;
En tu templo sagrado deliro,
Si es delirio el sublime soñar.

Allí el alma al sentir las plegarias,
Que se elevan al cielo, cual sube
De aromático incienso la nube,
Que se forma en redor del altar,

—

Transportada se siente á otros mundos
Donde reina la paz, la alegría,
Y es la tierra tan triste, tan fría
Cuando el alma llegó á despertar...

Venturosa mil veces el alma,
Que en recinto tan grato escondida,
En él vive del ángel la vida
Alejada del mundo falaz.

—

¡Ah Teresa! Qué bien derramaste
En tus hijos las ansias del cielo!
¡Oh, y que bien heredaron tu anhelo
De sufrir por Jesús ó morir!

El Carmelo... No sé lo que tiene
De que en él ha vivido Teresa,
La gran Santa, la ilustre avileña
Ha dejado su espíritu allí.

V

Pero ¿qué nombre pronunció mi lengua
Que el alma llena de emociones puras?
¿Qué nombre dije que latió en mi pecho
Mi ardiente corazón con fuerza suma?

¿Qué nombre pronuncié que sentí el alma
veloz alzarse de la tierra impura

A las moradas bellas, do los ángeles
De Dios el nombre en cítaras modulan?

Teresa. Oh! sí, es verdad, nombré á Teresa,
La gran Santa, la Virgen sin segunda,
Y de nombre tan dulce al eco grato
El peso de la dicha el alma abruma.

Pasad aprisa, de Avila gloriosos
Santos, pasad; pasad sombras augustas;
Dejad, estrellas, que el fulgor sublime
Mis ojos miren de la blanca luna.

¡Bella es Teresa, bella! entre las Virgenes
Que suben á gozar en las alturas
Del Cordero á los pies, no hay una sola
Más bella que Teresa ni más pura.

Azucena gentil, que abres tu cáliz
Al beso de las auras, que susurran,
Y lloran inocentes, y suspiran,
Cuando juegan del bosque en la espesura;
Tu candor me embelesa, tus aromas
Aspiro con placer, rosa purpúrea:
Tus resplandores puros, virginales,
Oh reina de la noche, me sojuzgan;
Más junto al alma hermosa de Teresa,
Bella azucena, di ¿que es tu blancura?...
Si de Teresa al ver Jesús el alma
«No hay, exclamó, como esta alma ninguna
Fuera del alma bella de mi Madre

Que Dios formara para gloria suya.»
Y cual la aurora en tu corola vierte
Oro y rubies de belleza suma,
De su predilección el beso santo
Puso en Teresa el Dios de la hermosura?
Junto al aroma, que Teresa esparce
Desde la humilde celda en que se oculta,
Junto al aroma aquel, que embriaga al mundo
Y llega al corazón y le subyuga,
¿Qué son, flor purpurina tus aromas?...
¿Y qué es tu resplandor hermosa luna,
Junto al astro bendito que en el cielo
De la Iglesia de Avila fulgura?
Si la luz que Teresa esparce en torno,
Si el resplandor que brota de su pluma,
Cuando la Virgen avilesa escribe,
Es una luz y un resplandor, que alumbra
Al alma ciega, que en el mar del mundo
Va caminando entre la espesa bruma;
Es una luz, que al corazón arroba
Y le hace ver regiones de hermosura,
Es una luz que la razón cautiva,
Que disipa las nieblas de la duda,
Que hace entre asombros confesar al alma
Que Teresa ha sentido las dulzuras
Del cielo, ¡que ha vivido entre los ángeles,
Que cuando escribe... mueve Dios su pluma!...

.
Bendita oh tú, ciudad en cuyo suelo

Tuvo su cuna la sin par Teresa,
El Serafin hermoso del Carmelo,
¡Qué gloria para ti, ser avilesa
La criatura que asombrara al cielo!

VI

Tierra de Santos, grato y dulce ni lo
Donde la fe sus cánticos eleva,
Eres á un tiempo cuna de valientes,
Del fiero Marte la mansión austera,
Por eso, al contemplarte desde lejos,
Me parece mirar en tus almenas
Mil sombras de guerreros, que sus lanzas
Vibran al rededor de tu bandera;
Que escucho el relinchar de tus corceles,
Que los pendones, que en el aire ondean,
Al querer arrancarte el enemigo
Muere mordiendo el polvo de la tierra.
Tus muros, que á los cielos se levantan,
Al par que de tu fe la fortaleza
Me anuncian el valor de tus leales;
Y tu brillante historia me recuerdan.

Bellas visiones, mágicas, del alma
Pasan ante los ojos. De la guerra
El genio veo cristiano; duro bronce
Su pecho cubre, y en su fuerte diestra
Alza valiente victoriosa espada,
Y el infiel á sus plantas se revuelca.

En su siniestra está la Cruz bendita,
¡Oh, sí, la Cruz del Redentor! por ella
Combate con ardor! por ella lucha
Y es un fiero león en la pelea.
¿Qué sombras de valientes adalides
Tras el genio cristiano de la guerra
Pasan ante mis ojos ostentando
Los laureles del triunfo en su cabeza?
¡Hablad, sombras ilustres! ¿Quiénes sois?
¡Inmortal Sancho Dávila! ¡Jimena!
¡Damas héroicas, que imitáis su arrojo!
Os conozco; pasad, yo bien quisiera
Vuestro valor dar á admirar al mundo
Más ¿quién podrá cantar vuestras proezas,
Y adónde no ha llevado vuestro nombre
La trompa de la fama pregonera?...

VII

¿Qué extraño es, pues, que esta tierra,
Que esa severa mansión,
Mas bien que ciudad, panteón
De mártires de la guerra;
Que el noble pueblo que encierra
Para su gloria y consuelo,
Tanto valiente en su suelo,
Y que ostenta en confusión
El sepulcro de un león
Junto al de un ángel del cielo,

En el siglo diez y nueve
En que reina la traición ..
Cuando á la hispana nación
Hiere mano infame, aleve;
Cuando el cobarde se atreve
Su bandera á mancillar,
Mande tigres á luchar
Que eternizará la historia,
Porque .. murieron con gloria
Si no pudieron triunfar?...

.

Y que en medio de tanto ambicioso,
De tanto cobarde, de tanto traidor
Un héroe abulense ostente glorioso
Su lealtad y sublime valor?...

.

Duerme allá lejos, junto á aquellos mares
Donde ardieron las naves españolas
Duerme, noble avilés, mientras yo admiro
En las últimas páginas de gloria
De tu invicta ciudad, tu valentia,
Tu arrojo y tu denuedo. Aquellas olas,
Que se estrellan al borde de tu tumba,
Y que no ha mucho alegres, cadenciosas
Arrullaban el sueño venturoso
Del marino español, que desde ahora
No cantará jamás en esos mares...
Esas aguas amargas, esas ondas
Por donde España paseó triunfante



Y ora sepulcro de su inmensa gloria,
Te llevarán en sus gemidos lúgubres
El cántico, que á tu valor entona
La tierra de los Santos y los héroes
La patria de la «*Mística Doctora*».
Duerme, que en la ciudad de los Leales
Vivirá eternamente tu memoria.

VIII

Y tú, duerme de tu historia
Envuelta en el resplandor,
Mientras la fe y el valor
Añaden gloria á tu gloria
Y honor á tu puro honor.

Así fué, cual tú creyente
La pobre España, que hoy siente
Tristeza, dolor profundo,
Y al mismo tiempo valiente
Hasta hacer temblar al mundo.

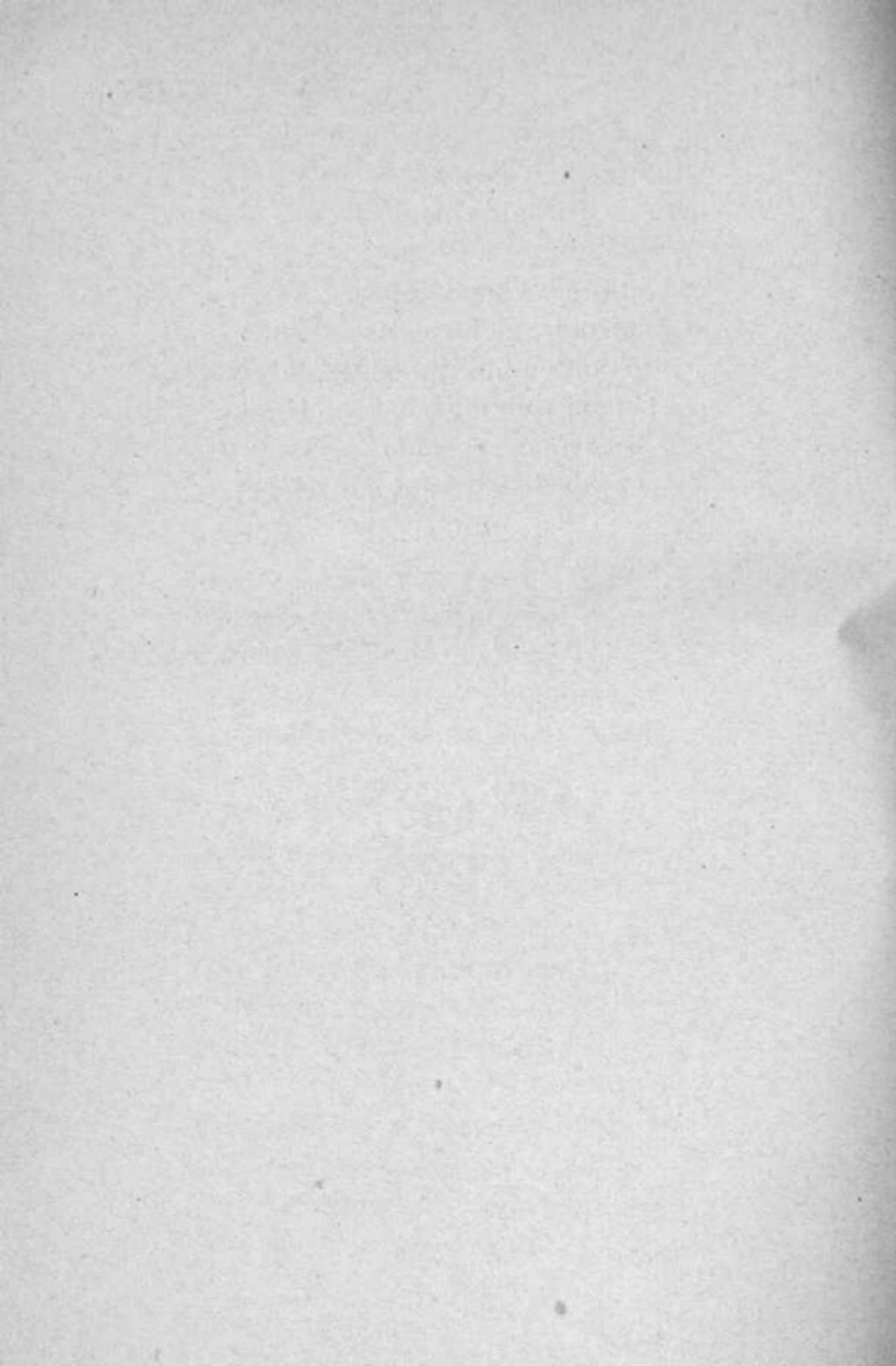
Mas cuando su fe perdió,
¿De su valor qué quedó
Más que la triste memoria,
Y el saber que cuando holló
Su fe, se eclipsó su gloria?

Duerme de la noche oscura
Envuelta en el negro manto,
Mientras yo tus glorias canto
Para endulzar mi amargura
Y mitigar mi quebranto.

Duerme, bendita ciudad,
Mientras yo en mi soledad
Leo tu brillante historia,
Y me ofusca de tu gloria
La sublime claridad.

Duerme, mientras asombrado
Yo te contemplo gimiendo,
Al pensar que en ti estoy viendo...
¡El símbolo del pasado
De un pueblo que está muriendo!







INVIERNOS



I

Oscuro, triste, encapotado el cielo,
En la desnuda selva el viento brama;
Densa capa de nieve cubre el suelo,
Que el mendigo al pisar llanto derrama.
No hay una flor, ni se oyen las canciones,
En que las aves hablan del Eterno;
Solo hay nieve, huracanes, nubarrones;
¡Oh Dios mio, qué triste es el invierno!



II

Bajo el peso oprimido de los años
Camina melancólico, sombrío;
Sufrió en el mundo amargos desengaños,
Y está su pecho para el mundo frío.
¡Pobre anciano!... Su frente veo rugada,
Y su cabeza miro encanecida;
Me atemoriza y hiela su mirada;
¡Qué triste es el invierno de la vida!

III

¿Qué habrá en su corazón? Triste el semblante,
Como quien del dolor la copa apura,
Algo siente en el alma, algo constante,
Que fiero le remuerde y le tortura.
Sus ojos no se atreve á alzar al cielo
De donde viene al corazón la calma;
Siente en el alma tempestad y hielo...
¡No hay invierno más triste que el del alma!





CARIDAD SUMA

(EPISODIO DE LA VIDA DE SANTA TERESA)

I

Era una tarde. Los cielos
Puros y limpios brillaban
Sin que la más leve nube
Su azul mágico empañara.
Todo es bello. Allá en el valle
Risueño, que de Amblés llaman
Y que el sol poniente dora,
Entre flores y entre ramas
Junto al cristal del arroyo
Juegan errantes las auras.
El sol hunde ya su frente
Tras de las altas montañas
Enviando su último rayo
A la noble y leal Avila,
Que descansa sonriente
Sobre una loma empinada,
Como una virtud modesta,
Dulce como una esperanza
Y bella como un ensueño,

Como un ensueño del alma.
En un jardín escondido
De limpia y modesta casa
Dos niños puros y cándidos
Cual las flores que aspiraban,
Cierran debajo de un sauce
De un libro hermoso las páginas.
Rodrigo, exclama Teresa,
Deshecha en un mar de lágrimas,
¿Cuándo los dos lograremos
Gozar de ventura tanta?
¡Qué felicidad, qué dicha
Morir por Dios, y que el alma
En el cielo para siempre
Viva cantando alabanzas!
¡Para siempre, exclamó el niño
Dirigiendo una mirada
A los cielos! Para siempre!
Tornó á repetir su hermana.
Reinó un momento el silencio
Y de la caridad santa
El Angel deslumbrador
Agitó sus igneas alas,
Y ardiente como su seno
Imprimió un beso en sus almas.
Y habló la niña diciendo:
Rodrigo, escucha, mañana
(Guarda el secreto) saldremos
Antes que despunte el alba

A buscar nuestro martirio
En las tierras africanas;
Pídele á Dios esta noche
Dé fortaleza á tu alma.
En tanto la negra noche
Tendió sus lúgubres alas,
Brilló la luna creando
Mil y mil sombras fantásticas,
Y en su lecho aquellos niños,
Que la inocencia envidiaba,
Se durmieron y soñaron
Con el martirio, que ansiaban.

II

Brilla la aurora. Las aves
Cruzan los aires y cantan,
Las flores abren su cáliz
Y aromas dulces exhalan.
Allá á lo lejos se ven
En apresurada marcha
Por el camino, que hoy
De los *Cuatro postes* llaman
Los dos niños, que el martirio
Van á buscar en el Africa.
De vez en cuando el pequeño
Dirige atrás su mirada
Y se enjuga el dulce llanto,
En que sus ojos se bañan.

¿Lloras? le dice Teresa;
—Sí, lloro, querida hermana,
Pues pienso que para siempre
Partimos de nuestra casa,
Para no volver á ver
A los seres, que nos aman.
Y al par que el niño suspira
Derramó triste una lágrima,
Süave como el rocío
Bendito de la mañana.
—Sigue, Rodrigo, y medita
Dijo sonriendo su hermana,
Que más aun nos ama Dios,
Que en el cielo nos aguarda.
—Tienes razón, dijo el niño,
Teresa ¡al Africa, al Africa!
Y apresuraron el paso
Las dos inocentes almas.
¡Miradlas! ¡oh! son dos Angeles
Bellos y puros ¡miradlas!
Dios las puso en este mundo
Que á tantas otras encanta,
Y en este mundo se axfisian;
Vuelan al cielo en sus ansias
De ver al Dios del Calvario,
Que con su amor las arrastra.
Bendita la Religión,
Que sabe hacer en la infancia
No ya solo Angeles, héroes...

¡Yo te bendigo, Fe santa!...
Mas ¡ay! que á poco un tío suyo
En el camino los halla,
Y admirado les pregunta;
¿A donde tan de mañana?
— A Moreria, responden
Las dos inocentes almas,
Al martirio que es la vía
De la celestial morada.
— Venid conmigo, les dice,
Venid pronto á vuestra casa,
Que podéis ganar el cielo
Sin ir á morir al Africa.
Y se volvieron los niños,
Derramando amargas lágrimas,
A buscar otro camino
Que hasta el cielo los llevara.

III

En la pequeña celda de un convento
Ante una cruz dobliga sus rodillas,
Y ora una Virgen, casta como un angel,
Y bella como el sueño de un artista.
Juntas sobre su pecho están sus manos,
Sus ojos negros hacia el cielo miran,
Y en su semblante, que destila fuego,
Se deja ver angelical sonrisa.
De pronto el corazón late en su pecho

Con fuerza inmensa, quájase, suspira,
Aquel alma hace esfuerzos prodigiosos
Los hierros por romper que la cautivan.
Yo no sé que verá... Sus ojos lloran
Amargura cruel, pena infinita.
«¡Muerdo porque no muerdo!» exclama á gritos;
«¡Oh Dios mio, qué triste es esta vida!»
Es Teresa, la niña, que al martirio
A las arenas de Africa corria.
El mundo entero, al que su ciencia alumbra,
Su ciencia inmensa, celestial, divina,
Desde la celda en que la veis orando,
Su inteligencia y corazón admira.
Es Teresa, la Santa de las Santas,
Que abrasa al mundo, al par que le ilumina.
¡Le está de fe llenando, de esperanza,
De *caridad* bendita!





LA TRANSVERBERACIÓN

I

Ora de hinojos. Su bendito rostro
Bañan fulgores célicos: levanta
Su vista al cielo, al cielo menos puro
Y límpido que el cielo de su alma.
Abrásase en amor. ¿Quién es el ángel,
Que abandonó la celestial morada?
Quién es el Serafin de faz de rosa,
Que se alejó del cielo, y con su planta
Más pura que las blancas azucenas
Pisa la tierra impura? Su mirada
Fija en su trono de diamantes bellos,
Y agita con afán sus igneas alas.
¿Quién es?... En su semblante bello, nítido,
De Dios la sed ardiente se retrata.
¡Bajad, Dios inmortal, bajad al punto,
Y dejadle probar las dulces aguas
Del eternal torrente; que se muere
La virgen bella, que á los cielos pasma!

II

¡Teresa! dice un ángel á su lado,
Que en torno rosas y alelis derrama,
Y de perfumes suaves llena el aire,
Que rozó unos instantes con sus alas.

Descúbreme tu corazón purísimo,
Ese gran corazón, que á Dios encanta;
Y con un dardo de oro, que en su punta
Llevaba fuego, el pecho le traspasa.
Al sentir una vez y otra la Virgen
Dolor tan cruel, que el corazón desgarrá,
Prorrumpe en ayes tristes, lastimeros,
Agudos gritos, dolorida exhala.
Cual la paloma, que en su nido oculta,
Cuando su amor lloraba apasionada,
Hirió del cazador la aguda flecha,
Hondos gemidos á los aires lanza,
Así llora la Virgen avilesa
Herida en lo profundo de su alma.

III

Mas cuando arranca el dardo el ángel bello
¿Qué sentirá Teresa? ¡Oh Dios! Miradla...
Su faz revela celestial dulzura,
Placeres divinales su mirada.
¡Es la felicidad! Está gustando
Las delicias de Dios la Virgen casta.
¡Es la felicidad, que unos instantes
Siente, aun en vida, de Teresa el alma!
¡Tanto la quiere Dios! ¡Oh gran Teresa!
Gime en tu soledad: ya no me extrañan
Tus benditos arrullos de paloma,
Tus gemidos de tórtola angustiada;
Quien gustó los encantos de la gloria,
¿Que encontrará en el valle de las lágrimas?



Espinas del Corazón.

Mundo, goces, ilusión,
Amor ardiente, locura,
Lejos de mi... que al fin son...
Dolor, pesar, amargura,
¡Espinas del corazón!

Mundo, es decir, desengaños.
¡Ay! desgraciado de aquel
Que se arroja en medio de él,
Sin conocer bien sus daños.
Con seductores engaños
Hace á la imaginación
Ver, oh mentida ilusión,
Mil dichas en lontananza,
Y son cuando las alcanza...
Espinas del corazón.

Placeres, goces del mundo,
¡Humo que disipa el viento!
Sólo duran un momento,
Sólo alegran un segundo.
Y luego... dolor profundo,
Tristeza, eterna aflicción
Los goces del mundo son;
Diga el que los ha logrado
A ver si en ellos no ha hallado
Espinas del corazón.

Esperanzas, ilusiones,
 Que en la encantada y florida
 Primavera de la vida
 Se forjan los corazones.
 ¡Sienten de las sensaciones
 Ya la más grata emoción!
 Una mágica ilusión
 Van á abrazar dulcemente
 Y es... ilusión solamente;
¡Espinass del corazón!

—

Amor loco, amor ardiente,
 Nuestra dulce dicha mata;
 Siempre suele ser ingrata
 La qué se ama ardientemente.
 Siempre el que amó locamente,
 Con frenesí, con pasión,
 Pudo ver con aflicción
 Que le ofreció su locura
 Dolor, pesares, tortura,
Espinass del corazón.

.

No es tan grande mi locura,
 Que los abrace, si son
 Mundo, goces, ilusión
 Y amor... dolor, amargura,
Espinass del corazón.





NIEBLAS

Quando en medio de un cielo azul, sereno,
Cuya belleza ni una nube empaña,
Resplandeciendo el sol, miro la niebla
Acercarse tocando las montañas;
Quando desaparece de repente
La luz del sol, que vida al campo daba,
Y sombra solo en derredor contemplo,
Pena profunda siento yo en el alma;
¡Me parece que el mundo es un cadáver
Envuelto en negra y fúnebre mortaja!

* * *

Es el pecado niebla horrible, oscura,
En la que envuelta de repente el alma,
Perdidos ve su brillo y su belleza,
Y halla su vida celestial robada.
¡Oh, qué triste es un alma, que no siente
Los purísimos rayos de la gracia!
¡Un alma entre las nieblas del pecado
Es un muerto, que cubre una mortaja!





Maria al pie de la Cruz.

¡Tended una mirada del Gólgota á la cumbre!...
El sol oculta lánguido los rayos de su lumbre,
El cielo está cubierto con lóbrego capuz.
Allí en tinieblas tétricas, que envuelven todo el mundo
Sin un astro que tibio siquiera y moribundo
Tan triste escena alumbre, levántase la Cruz!...

De entre sus blancas alas, allá, sobre las nubes,
Del cielo en las moradas los mágicos Querubés
Su rostro no se atreven lloroso á levantar;
Cesaron en la tierra los trinos de las aves,
Marchitas ya las flores, no aspiranse los suaves
Aromas, que solian los aires perfumar.

El paso se interponen bramando confundidos
Los vientos, que amedrentan con sus roncós silbidos,
Llevando por doquiera la ruina y destrucción.
Las losas de las tumbas se rompen conmovidas,
Y en mil y mil pedazos al llano caen partidas
Las piedras de los montes en grande confusión.

¿Quién en ella padece tan bárbaro tormento?
 Quién dá enclavado en ella su postrimer aliento
 Y á quién el mundo llora sumido en el dolor?
 Los astros ocultando sus claros resplandores;
 Los cielos en su luto, la tierra en sus temblores...
 Nos dicen que muriendo se encuentra el Criador!...

... Es Ella! . . la inocente paloma enamorada,
 La que abatida gime bajo la Cruz Sagrada;
 ¡Es Ella... sí! la Virgen hermosa de Judá!
 ¡Es Ella!... Serafines; bajad del alto cielo,
 Venid pronto al Calvario, prestadla algún consuelo...
 Secad las tiernas lágrimas, que derramando está!

¡Es Ella!... sí, la Madre del Hombre Dios, que espira,
 La que al pé del madero santísimo suspira...
 ¡Es Ella, que el objeto ve muerto de su amor!...
 Bajad de las hermosas mansiones eternas,
 Purísimos espíritus; venid acá. mortales,
 ¡Y ved si puede hallarse dolor cual su dolor!...

Si hasta las duras rocas mostrando el sentimiento
 Se parten en pedazos, cual ¡ay! será el tormento
 Del alma de la Madre del justo que espiró?
 Si al Hombre Dios, que ha muerto, el mundo todo llora,
 ¡Oh! ¿cual será la pena de aquella que le adora...
 De aquella á cuyos pechos sagrados se crió?...

Es Ella!... Misteriosa, balsámica azucena,
 Cuyos pétalos lánguidos al frío de la pena
 Se inclinan, ¿quién no sufre mirando tu aflicción?...
 Yo que tomé mi lira para empezar mi canto,

El canto de tus penas, que se ha trocado en llanto,
Con ella siento en trozos partido el corazón!!

.

Pero ¡ay, amante Madre! Si de dolor transida
Junto á la Cruz no lloras hoy triste y abatida,
Si no quieres en luto quedar y en soledad...
Si quieres que no muera pendiente del madero
El Hijo á quien adoras. Dios y Hombre verdadero,
¿Que habra de hacer entonces la triste humanidad?

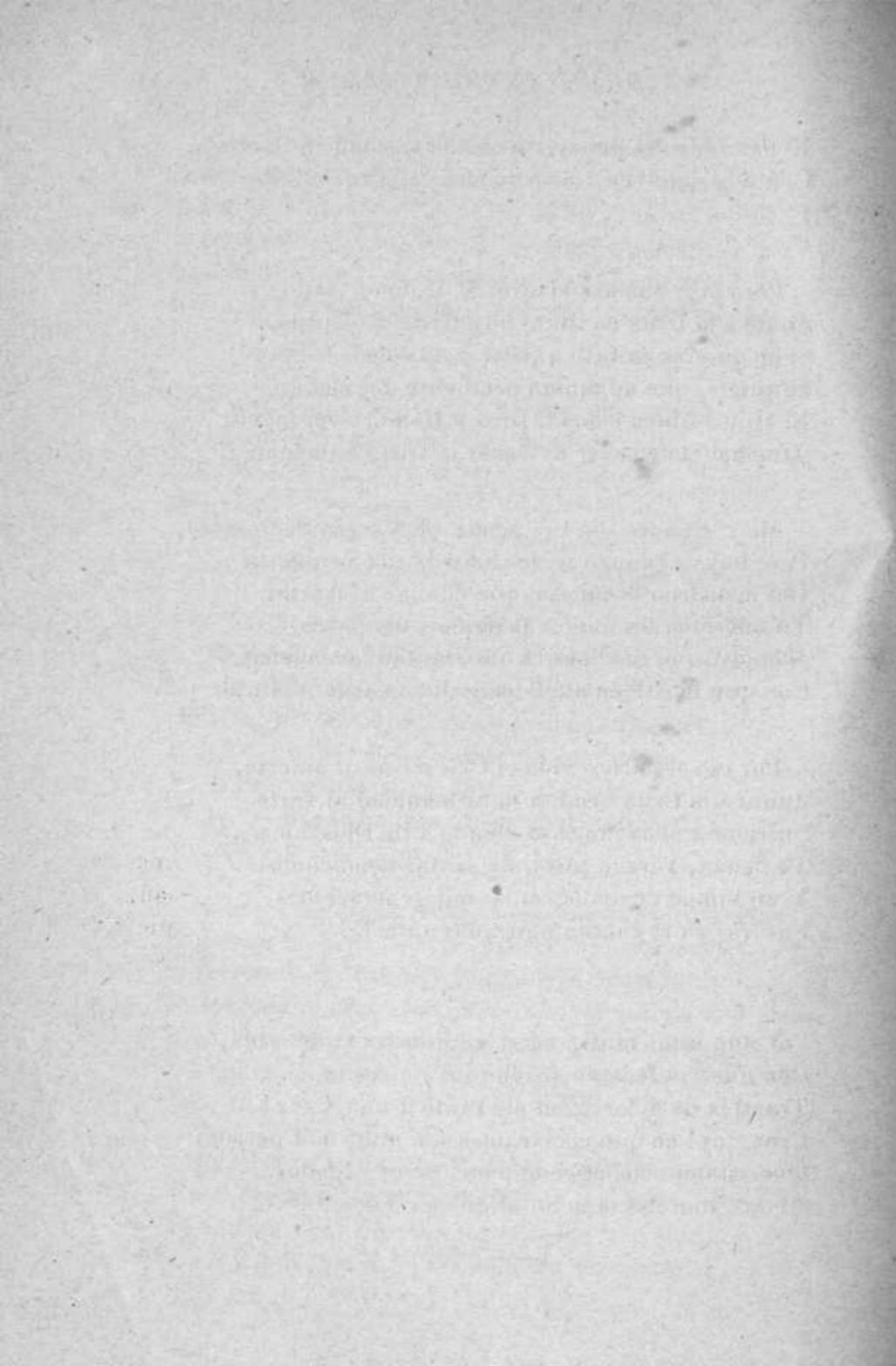
Muy grandes son tus penas, oh Virgen Sacrosanta,
Pero hoy es cuando tienes hollada con tu planta
Del monstruo la cabeza, que domina al mortal.
Tu aflicción nos affige: abatennos tus penas,
Mas ¡ay! que tus dolores quebrantan las cadenas
Con que nos tiene atados aquel monstruo infernal.

Por eso al darnos vida el Cristo con su muerte,
Junto a la Cruz bendita la humanidad al verte
Sufriendo pena inmensa viendo á tu Dios morir...
Te llenan, Virgen pura, de santas bendiciones
Y un himno de alabanza lán mil generaciones
Futuras ya te cantan postradas ante Ti!...

.

Y aun esto, tantas veces en nuestra triste vida
Con nuestra fe la vemos llorosa y abatida,
Transí la de dolores, en pié junto á una Cruz!...
Cruz, ¡ay! en que enclavamos con mil y mil pecados,
Que estamos cometiendo por el error cegados,
Al Salvador del mundo, al dulce y buen Jesús!!!







BECQUERIANA

Volverá el mes hermoso de las flores
De perfumes el aire á saturar,
Y cantando, del álamo el jilguero
Su nido colgará.

Volverán esas brisas frescas, puras,
Entre los verdes sauces á jugar,
Y otra vez ese cielo su purísimo
Azul ostentará.

Del virgen Mayo las benditas tardes
Bellas como la dicha, volverán,
Y sus flores, aromas, aves, brisas,
Luz, cielo, nos traerá,

Pero el Mayo feliz de la inocencia
Una vez, Fabio, que llegó á pasar,
Aquel Mayo bellissimo del alma,
Ese no volverá.

En las *Flores de Mayo* con alegres
Notas tal vez volvamos á cantar;
Quizá á sentir volvamos la nostalgia
De la felicidad.

Pero no, no. Momentos tan dichosos,
Sueños tan bellos no, no volverán;
¡Gozar como los ángeles sin serlo...
¡No es posible gozar!





Flores de Mayo.

Gayas flores del campo, que al cielo
La frente alzáis cándida,
Que no pueden mirar sin envidia
La nieve y el nácar;
¡Bellas sois! mucho más que esas bellas
Mariposas blancas,
Mensajeras de vuestros amores,
Y anhelos, y dichas, placer y esperanzas.

Bellas sois, cual los sueños dorados,
Que alegran el alma
En la edad, cuyo umbral encantado
Ya pisan mis plantas.
¡Bellas sois! Al miraros tan bellas
Errantes las auras,
Que no sé si suspiran, ó rien,
O gimen, ó cantan,

Extasiadas con vuestra belleza,
Plegando sus olas,
A dejaros en vuestro capullo
De amor dulce beso, risueñas se paran.

¡Bellas sois! florecillas, que Mayo
Nos muestra galanas,
En la copa, que alzáis pura, un día
Mi dicha libaba;

En el cáliz de nieve ó de púrpura,
Que hermoso se ensancha,
De la brisa á los blandos arrullos,
En mí tierna infancia
Los más puros deleites, la dicha
Del pecho inocente, mi pecho encontraba.

En el mes tan hermoso y florido,
Que vuestro se llama,
Cuántas veces corrí por los valles,
Que adornáis galanas,
La sonrisa llevando en los labios,
La dicha en el alma!

Y os veía tan bellas y hermosas,
Y un ramo formaba,

Y volaba al altar de María...

Y allí ante sus plantas

Me postraba de hinojos rezando

Sencilla plegaria...

Y aquel ramo de flores molestas

En su altar dejaba!...

¡Oh qué dulce, qué mística ofrenda,
La imagen más bella del candor del alma!...

.....
Hoy no os puedo escoger como entonces

¡Oh flores nevadas!

Hoy no puedo, dulcísima Madre,
Poner á tus plantas
Las bellísimas flores de Mayo,
Que el candor retratan...
¡El candor! la inocencia!... ¡se pierde,
Se borra tan pronto del fondo del alma!....

Es verdad! ¡Y el recuerdo dulcísimo
De mi niñez cándida,
De las flores de Mayo hoy la vista,
Me arranca una lágrima!
¡Es verdad! .. y al pensar que no puedo,
Virgen sacrosanta,
Colocar á tus pies esas flores,
De mi pecho un tierno suspiro se escapa!...
Pero qué... si un pensil me han mostrado
Que hechiza, que encanta,
Y son, madre, las flores que ostenta
Tan puras, tan blancas ..
Que la nieve no es blanca á su lado,
De belleza tanta
Que á su vista los astros lucientes
Guardarán al punto sus rayos de plata? ..
Estas, ¡ay! son las flores que quiere
La Reina sagrada,
Que en la dulce estación de mi vida
Coloque á sus plantas.
Los que ya hemos pasado de aquella
Edad dulce y cándida

A la edad de los sueños de oro
Que halagan al alma,
¡No podremos llevarla esas flores,
Que cubren el valle y el campo engalanan!
Estas son las que alegres debemos
Poner á sus plantas
De la vida en el Mayo florido,
Y hacer que lozanas
Se conserven, y blancas y puras,
¡Que no se marchitan queriendo guardarlas!
¡Estas son las que ya solo anhela
Recoger mi alma!
¡Qué feliz, si un precioso ramito
Formar yo lograra,
Cual por ver si formarle consigue
Mi pecho se afana!
Son las flores hermosas del cielo,
¡Las virtudes santas!
Son las flores más bellas que existen,
¡Las místicas flores!... ¡las flores del alma!





SONETO



A MI DISTINGUIDO AMIGO DON M. G.

¿Ves al Mártir del Gólgota subiendo
A la cima del monte, ensangrentado,
Con la Cruz en los hombros, coronado
De punzantes espinas, y cayendo?

Un golpe y otro golpe, maldiciendo,
Descarga en éi colérico soldado,
Y la turba contempla con agrado
En el Calvario el crimen mas horrendo.

Es la herencia, que deja acá en el suelo
El buen Jesús al corazón que ama,
¡El talismán para comprar el cielo!

Por eso la azucena del Carmelo
En sus benditos cánticos exclama:
¡Padecer, padecer... este es mi anhelo!





A UNA MADRE EN SU SOLEDAD

Si ver pudiera el mortal
Los altos juicios de Dios,
Cuántas veces en placer
Se trocara su dolor.

I

Era una noche del helado invierno
Tétrica y fría; el mundo reposaba
En silencio profundo; ni un gemido,
Ni un suspiro, ni un ¡ay! que desgarrara
Del corazón sentimental las fibras,
Dejábase escuchar... no se oía nada,
Ni el ruido que produce la alegría,
Ni los gemidos de la pena amarga,
Ni los cantares del amor que vela
El dulce sueño de su prenda cara,
¡Que hay tantas noches como el luto tristes,
Como una tumba mudas y calladas!...
Allá del hondo y solitario valle
En la blanca casita, que se alzaba
Há pocos meses sobre verde alfombra,
Entre flores de púrpura y de plata,
Como una tortolilla sobre el nido
Donde su dicha y sus amores guarda,
Allí tenía lugar lúgubre escena,
Escena de dolor, que apenas el alma,

¡Por eso era tan triste aquella noche
Y en el lugar aquel todo callaba!

II

En una cuna limpia como el cielo,
Que el sol de Mayo caprichoso borda,
Blanco, como de Abril una azucena,
Rubio, cual de los campos la amapola,
Está espirando un niño, un ángel santo
Parecé por las gracias que le adornan;
Junto á la cuna una mujer muy jóven
Está sentada, que le besa y llora;
Hace unas horas le miraba alegre
Jugar de sus cabellos con las ondas,
Y ahora le mira triste, como el ángel,
Que trae al alma del dolor la copa.
Hijo querido, exclama, cuánta fiebre,
No bien su frente nacarada toca;
Y le besa otra vez, y entre las manos
Su faz oculta, blanca, fina, hermosa,
Cuya frente demuestra que hasta entonces
Nunca su corazón sintió congojas.
Dios santo, dice, mi dolor contempla,
Y si te has de llevar á donde moran
Tus ángeles al hijo de mi alma,
Llévame á mí también... Y calla, y ora,
Y es su llanto tan lúgubre, tan triste,
Que á compasión movieranse las rocas,

Si pudieran oír sólo un gemido
De aquella madre, que se vuelve loca.

III

El cielo oyó su voz. Querube hermoso
De alas de nácar y con faz de rosa,
Baja á la estancia entre esplendentes rayos
Y habla á la madre que le escucha absorta:
¡Amante madre! El Dios, á quien yo sirvo,
Que ha visto tu dolor y tu congoja,
Me ha mandado á decirte que tú tienes
En tu mano la vida del que lloras:
Puede vivir, si quieres, muchos años
Gustando de los besos de tu boca,
Mas un día el mundo pedirá su sangre
Y será hasta maldita su memoria.
Cayó desfallecida aquella madre
Sin vida casi, como cae la hoja
Que secó el viento, y cuando al fin respira,
De Dios los juicios en silencio adora,
Y dice: ángel de Dios, en ese caso
Llévadle en vuestros brazos á la gloria.
Y en brazos de aquel ángel de los cielos
Miró la madre el alma encantadora
De su niño, que amaba con delirio,
Desparecer, en luz esplendorosa
Bañó la habitación. Aquella madre
Quedaba sin amor, quedaba sola.

IV

Quiso antes ver un ángel en los cielos,
Un ángel de belleza seductora,
Que un criminal, de quien pidiera el mundo
La muerte y maldijera la memoria.





A MI PATRIA

¡España! triste España! bendita patria mía!
¡Que alegre en tí mis años he visto desliza!
¡Cuán placido y tranquilo en tu seno dormía
El sueño de mi infancia, sin nunca despertar!...

En tu seno dormía! verdad!... y qué halagü ños
¡Oh, cuánto acariciaban mi ardiente corazón!...
¡Qué mágicos y grato! qué dulces mis ensueños!...
¡Qué gozo al alma daban, qué encanto, qué emoción!...

Yo te miraba entonces con placida sonrisa,
Brillando en tu horizonte el iris de la paz,
En tu pecho ostentando la mágica divisa,
Que nunca han acabado los mundos de admirar.

Yo te miraba digno, radiante de belleza,
A tu izquierda la gloria, y a tu diestra el poder,
Y al pasar las naciones bajaban la cabeza,
Y tú te sonreías henchida de placer.

Pero ¡ay! que la inocencia cual ráfaga ha pasado,
Placer y alegría tanta robando al corazón,
Del sueño de la infancia, mi España, ha despertado
Y vi que todo aquello fué engaño, fué ilusión.

Hoy que no duermo, patria, contémlote angustia,
Perdidos los hechizos y encantos de tu faz,
Marchitos tus laureles, tu púrpura rasgada,
¡Hoy que a mirar empiezo la triste realidad!



¡Qué triste!... Y tu no sabes que tu indomable cuello
Sujeta una cadena, que tu no has visto, no!
No sabes que cien pérfidos intentan tu degüello
Y el arma aleve ocultan, que tu almo seno hirió;

No ves cuánto es el odio de la región precita
Por la nación que a Cristo supo un mundo ganar,
Que manda cien verdugos, que de tu fe bendita
El mágico tesoro te sepan arrancar!..

Y lloras .. recordando tus glorias que pasaron,
El valor, la grandeza, que al mundo arrebató...
Al ver que hoy te desprecian los que antes te admiraron,
Y hoy te insulta aquel mundo, que un tiempo te temió.

¿Qué más? Cuba, la perla de las Antillas, bella,
Aquella que por hija quisistes adoptar,
Y en tus brazos benditos acariciaste, aquella
A quien tu fe y tus glorias quisiste, oh patria, dar...

Cuba, aquella hija oculta tras los azules mares,
Que participe un día hiciste de tu ser,
Y diste tus creencias, tus templos, tus altares,
Tus palmas, tus laureles... ¡despréciate también!

Te ve pequeña, débil, lloran lo ainargas penas,
Herido en lo más hondo tu grande corazón;
Mira lo que á tus ojos se esconde, tus cadenas,
Y hoy el ser hija tuya parecele un baldón.

No sufras más; despierta al leon que duerme
Bajo tus pies, y que rugiendo fiero
Haga pronto saber al mundo entero
Que aun no han muerto tu gloria y tu poder,
Despierta á tu leon, que aterre al orbe,
Que sacudiendo ufano su melena,

Diga que para España no hay cadena,
Ni puede Cuba independiente ser.

Despierta á tu león; di á las naciones,
Que te miran con lástima y desprecio,
Que estaban en error profundo y necio,
Quizá juzgando próximo tu fin.
Diles que aún tienes vida, mucha vida,
Hoy que el destino cruel en tí se ensaña;
Hazle al mundo saber que como España
No hay pueblo de un confin á otro confin.

. , . . .

¡Ya le siento rugir!... Mi patria amada
Cansada de sufrir le ha despertado,
Y animoso á la lucha se ha lanzado
Ansioso sus afrentas de vengar.
Aquel león que conquistó naciones,
Aquel león, que nunca fué vencido,
Levantó su cabeza, dió un ragido,
Y se lanzó valiente á pelear.

Isla ingrata! Si tienes como mengua
Ser española, ya dirás, no tarde,
Que muy vano y muy necio era tu alarde
Y que es gloria llamarse uno español.
Te lo harán confesar dentro de poco
Esos que España acarició en su seno
Y humillaron ayer al agareno
En las regiones do se pone el sol.

¿No los ves?... De valor y audacia llenos
 Han dejado sus plácidos hogares,
 Y traspasando intrépidos los mares,
 Han llegado valientes hasta tí.
 Y triunfarán, porque el valor hispano
 Aun no ha muerto, la sangre antigua ibérea
 Circula por sus venas, su bandera
 Ha de volver llena de gloria, sí.

¡Ya empiezas á sentirlo! ¿Dónde se halla
 Tu diestro brazo, aquel mulato fiero
 Que á tu alma dio valor, temple á tu acero,
 Que era tu fuerza toda, tu poder?
 ¡Ha caído ya! pues bien, como ha caído
 Aquel que enardecía tu deseo,
 Cual cayó el cruel, el bárbaro Maceo,
 Tu imposible ilusión veras caer.

—
 No importa, España mía, que hoy mírete abatida,
 Por eso no me aflige la pena ni el dolor,
 La luna algunas veces se queda oscurecida
 Para brillar mas tarde con suave resplandor.

Lo sé, sí, la hija ingrata, que infame te ha insultado,
 Confesará tu gloria, tu amor y tu poder,
 Y hoy mismo el mundo neci, que te ha menospreciado,
 Tu fuerza y tu grandeza podrá confuso ver.

Lo sé también; el día, que mires la cadena,
 Que en tu cuello han osado traidores colocar
 Tu fé para arrancarte, de justa rabia llena
 Tus hérces al combate labras de convocar.

Y entonces... esos infames, que hoy logran agobiarte
Destruirás, cual destruye la planta el huracan;
Y esa fe pura y santa, que hoy quieren arrancarte,
Tu gloria y tu grandeza cual siempre brillarán.

En tanto oye mi lúgubre cantar, España amada,
Y si á la lid me llamas, al punto acudiré,
Yo dejaré mis cantos y ceñiré la espada,
Yo romperé mi lira y el arma empuñaré.





Mentira y Verdad.

¿Por qué, mi Dios, por qué, dime, halagiteños
Acarician mi ardiente corazón
Sueños, qué cuando dejan de ser sueños,
Me llenan de aflicción.

Con cuánto anhelo el corazón ansiaba
Ver el mañana pronto aparecer!
Llegó el *mañana*. *Ayer* con *hoy* soñaba
¡Y *hoy* sueño con *ayer*!

¿Por qué de un bien la posesión me hastia
Cuando en su posesión siempre soñé?
Por qué, si le desprecio, el alma mía
Vuelve á soñar con él?

Es que al *tender* el corazón lo mira
Todo de la mentira en el cristal,
Y luego, al poseer, ya no hay mentira
¡Toca la realidad!





LA TUMBA DEL HEROE

¿No ves, madre, allí enfrente á lo lejos
Cuántos hombres caminan, y niños,
Y mujeres?... Van todos de luto.
—Como que van, hijo,
A la triste mansión de la muerte,
Al lúgubre asilo,
En donde descansan los restos mortales
De seres queridos.

¡Cuán hermosa es la tarde bendita
Del día de los Santos, que ofrece un alivio
A los muertos, que purgan sus faltas,
Y un consuelo sagrado á los vivos!
—¿Van al camposanto? ¡qué triste morada!...
—Allí vierte una lágrima el niño
Hoy sobre la losa fúnebre, que guarda
De su madre los restos benditos.
Más allá, de su esposo en la tumba,
Sus hermosos encantos marchitos,
Una mujer jóven se arrodilla y lanza
Profundos suspiros;

Una madre vestida de negro
Llora al pie del sepulcro de un hijo,

Como llora la alondra del campo
Cuando encuentra robado su nido.
Todos oran. Dichosos, dichosos,
Que es al fin un consuelo bendito
Regar con el llanto la tierra, que cubre
Los restos mortales de seres queridos.
—Yo también quiero, madre, una lágrima
Derramar, exhalar un gemido,
Murmurar la plegaria bendita,
Que me has enseñado, y rezo contigo
Cuando llega la noche, en la fosa
Donde duerme mi padre. —Hijo mío,
Calla, calla y no des á mi pecho
Más fiero martirio.

¡Tú no puedes orar en la tumba
De tu padre... exhalar un suspiro ..
Llorar... calla, y bendice á los cielos,
Que no te conceden siquiera ese alivio.

—¿Pero me ha negado el cielo
Ese bendito consuelo?...
¿Conque yo no puedo, madre,
Regar con mi llanto el suelo
Donde descansa mi padre?...
Conque no puedo llevar
A su triste sepultura
Una corona, y orar
De rodillas, y besar
Aquella losa fría, dura?...

¿Conque no puedo decir
¡Padre! en su sepulcro frio,
Ni una voz secreta oír,
Que no es del viento el mugir,
Y que me dice: ¡Hijo mio!

Madre mia: aquellas flores,
Que en su sepulcro brotaran,
Tu inmensa pena calmaran
Y mis profundos dolores
Cuantas veces nos hablaran.

¡Cómo atenuará el dolor,
Que nuestras almas oprime
Como peso abrumador,
La brisa que en derredor
De las tristes tumbas gime!

Mi alma de amargura llena
Viera calmarse su pena
Mirando en aquella fosa
El cáliz de una azucena
Con el llanto de una esposa.

—Mi corazón, hijo mio,
Hallará un consuelo al fin
Viendo en su sepulcro frio,
Como gotas de rocío,
Lágrimas de serafín.

Mas no es posible en la vida
Sobre su tumba llorar,
¿A dónde fuera á parar

Una lágrima vertida
Sobre las aguas del mar?..

—Y en aquel inmenso lago?...
—Cayó, cuando vió el león
En las aguas de Santiago
Al brillar aquel día aciago,
Partido su corazón!..

Hijo, calla; no des á mi pecho
 Más fiero martirio;
No podemos orar en la tumba
De tu padre, exhalar un suspiro,
Llorar... calla y bendice á los cielos,
Que no nos conceden siquiera ese alivio.

.

—Calma, calma la pena que oprime
 Tu pecho bendito;
De la patria los martires, madre,
¿Sabes dónde duermen? crees quizá que un nicho
De seis pies es bastante?... La sangre,
 Que ellos han vertido,
No hay un palmo de tierra en la patria
Donde no palpite; su cadáver frio
No cupiera en un triste sepulcro;
Su tumba es inmensa. El mar infinito
Ofrecióles su seno al instante...
Que ¿quién decir puede adonde habrán ido?...
Su tumba es inmensa... Su tumba es la patria.

Los que allá quedaron muertos, pero invictos,
En cada puñado de tierra española
Tienen una lágrima, tienen un suspiro,
Una gota de sangre... ¡una tumba!..

Dormid, padre mio;
Madre, ¡¡de rodillas!! ¡Lloremos!... ¡la fosa
De mi padre se encuentra aquí mismo!...





PRIMAVERA

(A MI QUERIDO AMIGO T. E.)

Ya guardó el cielo su crespon oscuro,
Como el manto del ángel del dolor,
Y ostenta de su azul límpido y puro
El mágico esplendor.

Ya alumbra el sol los anchos horizontes,
Y su luz en las fuentes reverbera,
Y crecen los arbustos en los montes,
La flor en la pradera.

Y ostentando del iris los colores,
Se posa sobre el cáliz de la rosa,
Cual si aspirar quisiera sus olores
La bella mariposa.

Ya en la enramada el aquilón no ruge
Con gran furia los álamos tronchando,
Ni al ver la alondra que la rama cruge
Aléjase volando.

Ya pasaron los hielos y la nieve,
Y el granizo, y el fuerte vendabal;
Y comienza á sentirse el soplo leve
Del aura matinal.

Ya el ruiseñor su dulce voz, que encanta,
Exhala al viento mágica y sonora,
Y el jilguerillo enamorado canta,
Y la tórtola llora.

Comienza el himno bello, que al Eterno
Sabe entonar la creación entera.

¡Qué triste es el invierno
Y qué alegre la hermosa primavera!...

Ora en tu soledad; ora y espera,
Que también el humano corazón
Encuentra su dichosa primavera
Tras el invierno triste del dolor.

Y se acallan los fuertes aquilones,
Que azotaban el alma con fiereza,
Y pasan esos negros nubarrones,
Esas sombras, que esparce la tristeza.

Ora y espera; acaso pronto el cielo
Apiadado de tí te mande el día,
En que respires auras de consuelo
Y brille en tu alma el sol de la alegría.

Ora, si; yo no sé cómo resiste
Tu pecho ese dolor que le lacera;
¡El invierno del alma, ay, es tan triste!
¡Y es tan grata su hermosa primavera!...





¡ Ya vuelven!



— Madre: ya llegan las naves
Conduciendo á los soldados;
Dicen que vienen muy tristes.

— Hijo, sí, vienen llorando.

— Pobrecitos, ¿y por qué?

¿Porqué lloran los soldados,

Si llevan ceñida espada,

Y empuña fusil su mano?

Dicen que vienen enfermos,

Dicen que vienen muy flacos,

Que vienen débiles, mustios,

— Como claveles ajados.

— ¿Lloran por eso? — No, hijo,

No vierten por eso llanto.

— Dicen que por muchos días

Han venido navegando,

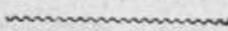
Que la mar se enfurecía

Y amenazaba tragarlos.

Lloran tal vez de placer

Porque á España han arribado,

Porque encuentran á sus madres
Que los estaban llorando,
O lloran porque no tienen
Quien los dé un bendito abrazo?
— Hijo, no lloran por eso
Nuestros valientes soldados.
— Pues ¿por qué llorán? ¿cuál es
El motivo de su llanto?
— Lloran, hijo, porque llegan
Sin la gloria que soñaron,
Cuando marchaban alegres
Como alboradas de Mayo.
— ¿Y esa gloria cómo es?
— ¿Esa gloria?... son los lauros
Con que se ciñe la frente
De los héroes, los aplausos
De un mundo, que nos admira;
Esa gloria es el encanto
Del corazón grande, ardiente,
Es el valor adorado.
— ¡Oh madre! y ¿dime? por qué
Los hijos de D. Pelayo,
Los que humillaron al mundo
Esa gloria no han hallado?
¿Pues qué no son ya valientes?
— Como el leon de los campos:
— ...Madre, madre, con razón
Lloran los pobres soldados.





Maria Inmaculada.

Madre: presta atención por un momento
Con tu sonrisa de ángel, y contesta;
Sí; tu cariño maternal presiento
Que no habrá de negarme la respuesta.

¿Cómo será la Emperatriz del cielo,
Querube, que á invocar me has enseñado,
Angel que yo en mis ensueños ver anhelo,
Como la imagen del placer ansiado?

¿Cómo es esa admirable criatura
Que ostenta, dicen, en su blanca frente
De casta *virgen* la azucena pura,
Mientras *madre* la llama el Dios potente?

¡Yo la quisiera ver! ¿Cómo es de hermosa?
El mundo se prosterna en sus altares
Llamándola en su amor *mística rosa*,
Iris de paz, estrella de los mares.

—¿Cómo te la figuras tú, hijo mío?
¿Cómo imaginas la sin par belleza
De esa Reina de inmenso poderio,
Ante quien dobla el ángel su cabeza?

—Yo me figuro, madre, una azucena
Del bello Abril, más blanca que la nieve,
Que mira absorta la floresta amena
Y el aura pura, que la mece leve,

Al espirar tranquilo de la aurora
En su cuna de nácar, donde nace,
Cuando el aljófara, que en los campos llora,
Del sol el primer rayo brillar hace.

—Es así, madre mía?—Es más hermosa
Hijo, esa criatura tan divina.
—¡Oh qué mujer tan grande y misteriosa!
Oye cómo mi mente la imagina.

—Yo me figuro una lejana estrella
En el espacio azul, indefinido,
Mas luciente que todas y más bella
Que la azucena del Abril florido.

¿Es la Virgen así? madre, responde.
—Es aun más bello ese ángel de pureza.
—¡Oh, qué hermosa es entonces! ¿dónde, dónde
Una copia hallaré de su belleza?

—Es acaso tan bella cual la luna,
Mucha más que mi estrella, que en la plata,
Que extiende entre ramajes la laguna,
Como en límpido espejo se retrata?

¿Es como ese fulgor, que las espumas
En plata torna, con que el mar se viste,

Allá al brillar entre las densas brumas
Como una luz sobre sepulcro triste?

¿Es cual la luna, que consuelo y calma
Al mundo trae, cuando en tinieblas gime?
¿Es cual la luna, que arrebató el alma
Del que siente lo bello, lo sublime?

—Es todavía más bella.—Oh, madre mía
¡Cuán admirable es! yo no adivino
La hermosura asombrosa de María;
Mira cómo otra vez yo la imagino.

¿Es como el sol, que brilla en el Oriente,
Del dulce Mayo en plácida mañana?
¿O como el que se esconde en occidente
Entre flotantes velos de oro y grana?

¡Qué bello es, madre, el sol, cuando en el cielo
Brilla, al nacer, con mágicos fulgores!
El mundo rasga de su luto el velo,
Cantan las aves y sonrien las flores.

Y qué bello es también, cuando allá lejos,
El mar besando, que sus rayos doran,
Brilla, al morir, con pálidos reflejos!
Callan las aves y las flores lloran.

¡Qué bello es, madre, el sol! Lo que ilumina
Recibe de él la vida y la hermosura;
En su vuelo mi mente no imagina
Más bella que él ninguna criatura.

—Es más bella la Virgen todavía,
Ese ángel de hermosura y de pureza.
—¡Oh, qué mujer! ya acabo, madre mía:
Di si he adivinado su belleza.

Yo me figuro mil y mil fanales,
Que el mundo forman bello y refulgente,
Llenando los espacios eternos
De un fiat al influjo omnipotente.

¡Oh, qué bello es el mundo y qué asombroso,
Saliendo del abismo de la nada
A un mandato del Todopoderoso!
—Es más bella María Inmaculada.

Ciertamente; las más bellas pinturas,
Que pueda hacer la ardiente fantasía,
Se realizan en esas criaturas;
Más no nos dan idea de María.

Que aquella flor de cándidos colores,
Con que tú su hermosura has retratado,
Sólo es, por ser la Reina de las flores,
De su candor emblema inadecuado.

La estrella que imaginas, sólo es una
De las doce que adornan su alba frente,
Escabel de sus plantas es la luna;
Su vestido es el sol resplandeciente.

¡El mundo! si el Dios Santo en su profundo
Amor al hombre que en dolor gemía,

No creara á María por el mundo,
Un mundo por la Virgen crearía.

Es más bella esa Virgen, que en su mano
Vibra la más gallarda de las palmas,
Donde el vivir comienza sobrehumano,
La madre de la vida de las almas;

Manantial de bellezas celestiales,
Bellezas prodigiosas y divinas,
Que ennoblecen al hombre, ante las cuales
No son bellezas las que tú imaginas.

Como que un mundo arcano, otras regiones
De luz y de belleza Dios tenía;
Pues... agotó ese mundo de sus dones,
Y todos, todos se los dió á María.

Su alma inunda la gracia, don precioso
Más que mil mundos, de sin par belleza,
Que del hombre hace un Dios, pues poderoso
Le dá su divinal naturaleza.

Es más bella mil veces esa amante
Virgen, que con afán á amar te enseño,
Porque el fantasma del pecado espante,
Al turbar de tu vida el dulce sueño.

—¡Oh cuán hermosa debe ser María,
Esa mujer sublime y misteriosa!
Yo no me la figuro, madre mía,
Te lo suplico, di ¿cómo es de hermosa?

—Hijo. Si tu poder inmenso fuera,
Como el de Dios, y tu sabiduría
Infinita, responde; ¿cómo hiciera
Tu mano á quien tu madre ser debía?...

—Basta, madre, ¡qué grande es su hermosura!
¡Dichoso aquel, que verla haya logrado!
¿Cómo he de concebir la criatura
Más hermosa que Dios ha imaginado?





A LA SERÁFICA DOCTORA STA. TERESA DE JESÚS



Dedicada al Muy Iltre. Sr. Dr. Don José Prudencio,
Arceiliano y Secretario de Cámara y Gobierno del
Obispado de Abila.

¿Quién eres tú, que al contemplarte siento
Fuego en mi corazón, luz en mi mente,
Y el arpa del amor y el sentimiento
Me apresuro á vibrar, que el alma siente
Impulsos de cruzar el firmamento
Con rauda vuelo, de aspirar tu ambiente,
Y cantar á tus plantas de rodillas
De tu inefable ser las maravillas?

¿Quién eres? Tu belleza me enamora,
Me entusiasman tus dones celestiales;
Dios te vistió de luz, como á la aurora,
Y derramó en tí gracias á raudales.
Tu pecho ¿qué virtudes no atesora?
Inocencia y pureza angelicales
Ornan tu frente con fulgores bellos,
Más que del sol los fúlgidos destellos.

¡Mujer excelsa! Lirio del Carmelo,
Que en torno esparces divinal aroma;
Angel, que gimes en el triste suelo,
Como gime en el bosque la paloma;
Que haces esfuerzos por subir al cielo,
Como el sol pura, que en Oriente asoma.
Al cielo hermoso, que si no existiera,
Para ti sola el Hacedor le hiciera.

¿Por qué es tanta, Teresa, mi osadía,
Que tu grandeza publicar intento?
Si yo no tengo voz ni melodía,
Si fascina tu luz mi entendimiento,
Si es inmenso el raudal de tu poesía,
Si Dios hacer en tí quiso un portento
De gracia, de hermosura, de belleza,
Cómo cantar pretendo tu grandeza?

¡Virgen, perdón! Es que al mirar mis ojos
Tanta bajeza en torno se entristecen,
Es que mi corazón siente sonrojos,
Al ver cómo las almas se envilecen;
Por eso hoy á tus pies caigo de hinojos,
Los dones á admirar que te enaltecen,
Y á cantar dónde se halla lo que el mundo
Busca entre el lodo y entre el cieno inmundo.

¿Me entenderá, si digo que tu ciencia
Tan solo en Jesucristo la encontraste?
Que él elevó tu clara inteligencia
A regiones que tú nunca soñaste?

¡Ay! es tanta del mundo la demencia,
Del mundo que tú, arcángel, habitaste,
Que ¿quién lo cree, si no estuviera visto?
Sueña con la verdad y azota á Cristo.

Necio. Jamás ha sido tan ardiente
Nunca como hoy de la verdad su anhelo;
Su esfuerzo colosal es impotente,
Cae si se quiere levantar del suelo,
Que sin la luz del Verbo Omnipotente
No podrá nunca remontar su vuelo
La inteligencia humana, aunque orgullosa
Se erija altares y se llame diosa.

Y es que siendo, aunque débil, un destello
Del Verbo eterno la razón humana,
Como del claro sol un fulgor bello
Es la aurora, que alegra la mañana;
Siendo trasunto, imágen, copia, sello,
Fuera sin él lo que la flor galana,
Que á aspirar sus aromas me convida,
Sin el rayo de sol, que la dió vida.

Cristo, Cristo es la luz; aquel que sienta
Sed de verdad, que á Jesucristo acuda;
Con el alma la verdad se ostenta;
Sin él al corazón mata la duda;
El derrama la fe, la fe que alienta
E ilumina á la par, la fé que escuda
Contra el error y el vicio que envilece,
La fé que al hombre ensalza y enaltece.

Teresa le abrazó, y en su luz pura
Su mente angelical quedó bañada;
Ya no puede habitar la tierra impura,
Vió lo infinito y tiénela extasiada;
Y en un ángel de célica hermosura
Teresa de Jesús quedó trocada,
Y á su espíritu excelso, soberano,
No se esconde en los cielos ni un arcano.

¿Qué vale el genio que habitara un día
En las sombras del torpe paganismo?
Débil estrella, que en la noche umbria
No libra al viajero del abismo.
Tal fué Platón. Si el resplandor, que envia
En el cielo sin par del cristianismo
Teresa de Jesús, Platón mirara,
La creyera una diosa, y la adorara.

¡Teresa de Jesús!... ¿Quién ha leído
Sus obras prodigiosas, inmortales,
Sin asombro? ¿qué espíritu dormido
Entre efimeros goces terrenales
No ha despertado al contemplarse herido
De sus benditos rayos celestiales?
A quién alumbró el astro del Carmelo,
Que á su luz pura no haya visto el cielo?

Hízola Dios para que el mundo viera
De la fe el gran portento, vió que un día
El monstruo del error inicuo muera
A esta virtud hermosa lanzaria

De la razón en nombre, y porque fuera
Viva refutación de la heregia,
Dijose Dios: haré una inteligencia,
Que en la fe beba portentosa ciencia.

E hizo á Teresa; á la inmortal doctora,
Prez de mi patria, gloria del Carmelo,
Serafin puro, en quien el mundo adora,
Honra y orgullo de mi patrio suelo;
Bendito ángel de amor; ¡ah! cuando llora
Mi corazón con hondo desconsuelo,
Padecer ó morir en mi oído suena,
Y en placer grato truécase mi pena.

¡Teresa de Jesús! ¡Vedla! postrada
A los pies de Jesús crucificado,
Eleva hácia los cielos su mirada,
Arrebatada en éxtasis sagrado.
Bello Querub, que por tu patria amada
Suspiras de los cielos desterrado,
Teresa ¿quién de hinojos á tus plantas
No te aclama la reina de las Santas?

Por eso entre las virgenes descuella
Por su virtud, cual palma que en la cumbre,
Entre arbustos plantada, luce bella
Su hermosura, ni hay punto que no alumbre
Con sus fulgores mágicos. porque ella
Es el gran luminar, que con su lumbre
No ya solo asombrado tiene al hombre,
Mas no hay un serafin, á quien no asombre.

Se equivoca tu patria; España yerra,
La nación, que la fe no hubo llevado
Más allá, porque no encontró ya tierra
Más allá de la que hubo conquistado.
Yerra España, al hacer á la fe guerra,
Como opuesta al progreso decantado,
Yerra negando su asombrosa historia
Y negándote á tí, su mayor gloria.

Inunda mi alma en tu fulgor bendito,
Y alumbra, oh fe, mi oscura inteligencia.
¡Ven á mi corazón! Miente el precito,
Que te llamó enemiga de la ciencia.
Si es limitarla abrirla el infinito,
Quiero tener, perdona mi demencia
Oh amigo de la luz, si te dá enojos,
Abierto el infinito ante mis ojos.





DESPOSORIO MÍSTICO

Teresa está de hinojos. A los cielos
Sus manos alza y su mirada pura;
Como el ciervo las aguas cristalinas,
Ella á su Amado, herida de amor, busca.
Oh, qué pura es su alma, que en el mundo
Pasó por mil crisoles de amarguras;
De virtudes y dones celestiales
Qué bella con la rica vestidura.
De pronto abrése el cielo. Es el Amado,
Que viene ya radiante de hermosura,
Deleites derramando en el espíritu,
Que el alma de Teresa siente y gusta.
—«Mira este clavo—su Jesús la dice
Estrechando su diestra con la suya—
Hasta hoy no fuiste digna, no, Teresa,
Aunque tu amor no me negaras nunca;
Mas ya desde hoy serás esposa mia,
Vela, pues, por mi honra, que es la tuya».
Se acabó la visión. Vuelve del éxtasis
Teresa en sí, y sosiego tanto gusta,

De espíritus deleites tantos siente,
Tal refección de amor su alma disfruta,
Que ya no experimenta aquellos impetus
De amor, de tal vehemencia y tal ternura,
Que al borde la ponían de la muerte,
Sólo siente una dicha que la abruma.
Y es la esposa que canta entusiasmada
Con el acento suave de la guzla:

*« Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado
Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi Amado. »*





A MARIA INMACULADA

PATRONA DE MI PATRIA

Dedicada á mi apreciadísimo amigo D. Zenaro Lucas.

SONETO

Pedis que arranque notas á mi lira,
Que yace triste, muda, abandonada,
Y á los pies de María Inmaculada
Llore á mi Patria, que dolor inspira,
¿Quién se para á oír al aura, que suspira
Con lastimero acento en la enramada,
O á la tórtola humilde, que angustiada
Se abrasa en celos y en su ardor delira?...

Mas gemiré y arrancaré lamentos
A mi lira, probándoos mi cariño;
Basta que oigais vos solo sus acentos.

Que es un consuelo para el alma mia
Que, quien á amarla me enseñó de niño,
Hombre me oiga gemir ante María.





A la Virgen Inmaculada

PATRONA DE MI PATRIA

Virgen pura, Madre mía!...
Si puedo llamarte así;
Si es que no he perdido en tí
Una Madre todavía;
Si es que no hubo un negro día
En que tu labio maldijo
Del español, y le dijo:
¡Ingrato; mal que te cuadre,
Yo no seré más tu Madre,
Ni tú serás más mi hijo!...

¡Madre mía! Si así fuera...
Hoy caigo ante ti de hinojos,
No pidas, oh no, á mis ojos
Una lágrima siquiera.
Que aun cuando llorar quisiera
De rodillas en tu altar
Preso de amargo pesar,
No tienen mis ojos llanto;
He llorado tanto, tanto...
Que más no puedo llorar.

Pídemme una contrición,
Que haga mi pecho pedazos,
Y me arrojaré en tus brazos
Partido mi corazón.
Pídemme eterna aflicción,
Pídemme eterno pesar,
Que no te vuelva á olvidar
Nunca; que siempre te adore...
Mas no me pidas que llore,
Porque no puedo llorar.

Pídemme amor, amor puro,
Amor entrañable, ardiente;
Que te ame yo eternamente,
Y te amaré, te lo juro;
Que si mi corazón duro
Para amarte, madre, es,
Te lo digo como ves
Sin engaño ni ficción,
Me arrancaré el corazón
Y le dejaré á tus pies,

Pero ¡llorar!... Madre, dí;
Cuánto no he llorado ya?
¿Quién, oh Virgen, contará
Las lágrimas, que vertí?
Desde el momento en que vi
Al infame maquinando,
Mil lágrimas derramando
Me dejó el astro esplendente,

Y al volver al día siguiente...
Me volvió á encontrar llorando.

Y al ver, pasando los días,
Al valiente sin tu amparo,
Al mirarle sin un faro
En las tinieblas sombrías,
Al ver que tú te escondías...
No sé lo que en mi pasó;
El alma tanto lloró
Al ver, Madre, tus enojos,
Que se secaron mis ojos
Y el corazón se agotó.

Si estamos abandonados
De tí, madre ¿á quién extraña
Que caiga sin vida España
Y sin sangre sus soldados?
Que queden desmantelados
Sus hermosos pabellones,
Que se humillen los leones
Ante el cobarde traidor,
Si es sin tí... sombra el valor,
Y son polvo las naciones?

¿Qué extraño es que deje inerte
A España dolor profundo,
Que la que dió vida á un mundo
Hoy reciba de él la muerte?...
Si llegó ingrata á perderte
Y contigo tu favor,

Si era su vida tu amor...
Si eras tú su honor, Señora,
¿Qué... si al buscarlos ahora,
No halla ¡ni vida, ni honor!

Que, olvidando tus altares,
Al quererse pasear
En las ondas de la mar
Quien fué reina de los mares,
Llena luego de pesares
Llore en la tribulación
Al ver que sus naves son...
¡Naves que hicieron reir,
Y que para destruir
Bastó al cobarde un cañón!

Pero ¡oh! que los que te amaron
Con amor intenso, ardiente,
Los que al mundo hicieron frente
Y al mundo entero humillaron,
Que aquellos que aniquilaron
Al fanático agareno
Con el pecho de fe lleno
Y el alma de ardor profundo,
Y conquistaron un mundo,
Que el mar guardaba en su seno.

Que los que un imperio un día,
El grande imperio español,
Formaron, en donde el sol
Nunca, nunca se ponía;

Que esos vengan, Madre mía,
Sollozando sobre el mar,
Vencidos, sin pelear...
No, no tiene explicación
Más que en una maldición,
Que tú has podido lanzar.

Si es así, será ya escoria,
Tu honor, oh Patria querida,
Tu esplendor, tu honra, tu vida,
Tu grandeza y tu memoria;
Que diga España á su gloria
¡Adios para siempre, adios!
Nó pudisteis poner vos
¡Oh! pena que más taladre;
La maldición de su Madre,
No ha de levantarla Dios.

En medio de su agonía
La hermosa nación hispana
Ansiará, Madre, un mañana,
Y hallará una tumba fría;
En su horrible noche el día
Nunca brillará en su cielo;
¡Fuego! pedirá en su anhelo
De luchar como león;
Y al palpar su corazón
¡Le encontrará como un hielo!

Y habrás tú de permitir,
Tú... que tendiste tu manto

Sobre ella, y la amaste tanto,
Que España llegue á morir?
¿Lo podrás tú consentir
Siendo, Madre, tan clemente?
Hunde en el polvo su frente
Con tu poder inefable,
Destruye, aplasta al culpable
Pero ¡salva al inocente!

Maldición, si, maldición
Eterna sobre el malvado,
Que la fe santa ha arrancado
Del hispano corazón;
Que con dañada intención
No omitió jamás desvelos
Por robarle los consuelos
De tu amor santo, fecundo,
Con el que si es poco un mundo,
Pudiera escalar los cielos!

Caigan, caigan maldiciones
Sobre él, si un traidor ha habido,
Que á mi patria haya vendido
Alimentando ambiciones;
Maldición, si sus pasiones
Antes que mi patria son;
Si de mi hermosa nación
Las perlas llevó á otra mano,
Si es que existe ese tirano...
¡Oh iniquidad! ¡¡maldición!!

Pero no aniquiles, no,
 Al que conserva tu fe;
 Yo, Virgen pura, bien sé
 Quién tu amor nunca olvidó..
 Al pueblo entero, que dió
 Más de lo que se exigía,
 Al soldado que partía
 En tu auxilio confiado,
 Al religioso ultrajado...
 ¡Perdónalos, Madre mía!

Mas; ¡oh! no; pues no he pensado
 Que como tan pura eres
 Y tan santa, es que no quieres
 Tú la sangre del malvado;
 Deja, sí, deja al culpado;
 ¡Alma inmaculada, ven!
 ¡¡Esta es sangre pura!! ¡¡Ten!!
 Y sinó es de las manchadas
 Dáme una de tus espadas
 ¡¡Toma mi sangre también!!



Perdona, si te ofende mi lengua, Madre mía!
 Del polvo, que delira, ten, Virgen, compasión;
 No, Madre, tú no tienes el alma de una harpía,
 Ni eres la horrible bestia, que chupa el corazón.

Te he visto en trono espléndido de fúlgidas estrellas
 Mas bella que de un ángel el dulce despertar,
 Y al caminar, oh Virgen, llenábanse tus huellas
 De flores que reían, tu aliento al aspirar.

Te he visto muchas veces calmar, oh Madre, el llanto
Del triste, que sus penas te quiso revelar,
Te he visto muchas veces cubriendo con tu manto
Al alma, que temía los dardos de Satán.

Te he visto, sí, entre nubes de gloria y de hermosura,
Más santa que los ángeles, llamando al pecador,
En su pecho endulzando la hiel de la amargura,
Dando á gustar al alma lo dulce de tu amor.

Te he visto, Madre mía, con el mayor anhelo,
Con un acento mágico de dulce compasión,
Te he visto de mi patria en el bendito cielo,
Diciéndola: ¡Hija ingrata! dame tu corazón.

Y á este pueblo que sufre dolor horrible, fiero,
De ser grande el secreto te he visto revelar,
Y al ver que no te oía, al escuchar, no quiero...
Te he visto, Madre mía, que te has puesto á llorar!

Y al vestir el valiente tu hermoso escapulario,
Azul como los cielos, tu mágico dosel,
Al guardar en su pecho tu imagen, tu rosario,
Y partir... yo te he visto partir á tí con él.

Velar luego á su lado, como ángel de su guarda,
Diciéndole: «Hijo mío» preparate á morir;
Yo estaré aquí entre tanto que el buque frágil arda,
Tus penas mitigando, calmando tu sufrir.

Después, cuando la muerte rompa los fuertes lazos...
(No temas á la muerte; será breve y fugaz),
Libre del polvo el alma, la llevaré en mis brazos
A regiones más bellas, al mundo de la paz.

Y entre nubes inmensas de fuego y de metralla,
He visto allá al valiente, que á tí se encomendó,
Llorar agradecido besando tu medalla,
Que en su pecho mortífera la bala magulló.

Y al partir el marino, le he visto en tus altares
Llorando como un niño, clamando «espero en tí»...
No sé qué le dirías, porque al surcar los mares...
Cantaba, aunque veía la muerte junto á sí.

He visto, Madre mía, ¿por qué ocultar aquello?
He visto allá en la lucha sin garras al león,
Famélico, sin fuerzas, sin luz... sin un destello,
Que a conocer le diera su triste situación.

Y en medio de aquel cuadro aterrador, sombrío,
El alma del culpable capaz de desgarrar,
Te vi á tí que llorando gritabas: *Hijo mio*;
¡Perdón para el malvado, que le mandó á luchar!

Y estoy viéndote, Madre, radiante de belleza,
Diciendo junto al lecho do muere la nación;
Yo te daré la vida, la gloria, la grandeza,
Si tú, España querida, me das el corazón!

No la veis arrasados en lágrimas sus ojos
Al cielo alzar sus manos? Qué irás, Madre, á pedir?
¡Oh amor inmenso, ardiente! ¡Españoles, de hinojos,
Que una vez más la Virgen nos quiere bendecir!

Si te ofendió mi lengua, perdona, Madre mía,
Del polvo, que delira, ten, Virgen, compasión;
No, Madre; tú no tienes el alma de una harpía,
Ni eres la horrible bestia, que chupa el corazón.

Tú eres Madre, la aurora bendita,
Que disipa las nieblas del alma,
Tú eres, Madre, la lluvia, que calma
El furor del temible aquilón;
Tú eres, Madre, mi alivio dulcísimo,
Mi consuelo, mi dulce alegría;
Tú eres, Virgen, el fúlgido día
En las noches de mi corazón.

Tú del alma á las luchas acudes,
Cuando tu protección, Madre, imploro,
Cuando ves, Virgen santa, que lloro
Al momento te apiadas de mí,
En ti tengo mi amor, mis deseos,
Mi esperanza, mi vida, mi gloria,
Que se ofusque ¡oh dolor! mi memoria,
Si algún día me olvido de tí.

Tú en mi patria pusiste tu trono,
Foco puro de luz, de consuelos,
Y asombra los dejando á los cielos,
«Quiero, España, tu nombre mudar;
Ya desde hoy no serás más Hesperia
— Con dulzura tu labio decía —
La hija bella serás de María,
La bendita nación del Pilar.»

Y al pasar asombrados los siglos
Su collar de diamantes miraron,
Que cien tronos y mil la engarzaron,
Y á cien pueblos obliga á rendir,
Y al brillar un día el sol, dijo al mundo,
Que en su lumbre purísima baña,
Voy á ornar la corona de España,
Quiero eterno en su frente lucir.

Y cual perla de inmensos fulgores
En la frente de hermosa matrona,
Brilló el sol en la bella corona,
Que mi patria se supo forjar;

Y un día eterno la alumbra en su dicha,
Día de gloria, de luz, de consuelo,
Porque el sol brilla siempre en su cielo,
Y en España no hay noche jamás.

Fué muy grande contigo, muy grande
La nación del Pilar, Angel mio;
Y al dejarte... el horror, el vacío
Ha mirado de sí en derredor;
Que al nacer para amarte su pecho,
Y humillar con tu amor al malvado,
Al quedarse sin él, se ha quedado
Sin latidos, sin luz, sin calor.

.

¡Españoles! ¡Es ella! ¡Miradla!
¡Ella, sí, nuestra Madre querida,
Con un dedo señala la herida
Que causamos en su corazón!
Y nos llama hacia sí con su diestra,
¡Y una vez y otra vez nos bendice!
¡Tomad vida y aliento, nos dice!...
¿No correis á pedirla perdón?...

Oh ¡Madre! ¡Madre! del ferviente Ibéro
¿Quién así el corazón ha endurecido?
¿Por qué se halla más duro que el acero
El pecho, que en tu amor se hubo fundido?

¿Por qué á ti no te llama en su agonía,
Si es que sabe que en tí su vida está?

¿Quién así le detiene, Madre mía,
Que no corra en tus brazos á llorar?...

¡Devuélvele la fe, que le quitaron
Monstruos del mal para poderle herir!
Devuélvele la fe que le arrancaron,
Y si es preciso ¡déjale morir!

Pero la fe, la religión bendita,
Devuélvesela, sí, que al espirar
Sepa el león que la impiedad maldita
Fue sola quien le dió el golpe mortal.

Que sepa quién ha sido el que su tumba
Traidor ha abierto; Madre, que al morir
Maldiga del error, que no sucumba
Tu pueblo, no, sin bendecirte á ti.

Que al ver que él se echó en brazos del malvado,
Que al lúgubre sepulcro le llevó,
Diga al mundo al morir: me he suicidado;
No fue el cobarde, no, quien me mató!

Y que al pasar junto á la tumba fría,
Que guarde las cenizas del león,
En su triste sepulcro, Madre mía,
Puedan los siglos ver esta inscripción:

Pueblos, nací para imponer mis leyes
Al mundo entero, al tiempo que mi fe;
Por eso yo hice esclavos á cien reyes,
Y altares de sus tronos fabriqué.

Pero al perder la fe, que me ensalzaba,
Y resistir soberbia á mi misión,
Creyendo que yo sola me bastaba,
Herido encontré un día el corazón.

Quise luchar; fué en vano, no podía;
Golpe fatal me hundió en eterno abismo;
¡Pueblos! ¡No soy la España de María!
¡Soy la España del cruel racionalismo!





Canto del Carmelita.

Buscando un consuelo
A su amarga pena
Con rápido vuelo
Voló el corazón;
Y hallando en el mundo
Tan sólo quebranto,
Siguió en su profundo
Y amargo dolor.

Oí cantos de amores
A un monte llegando,
Y allí resplandores
Divinos miré:
Cual celeste maga
La Virgen del Carmen
Me mira y me embriaga
De casto placer.

De entonces el mundo
Ya no es mi morada,
Que aquí en el Carmelo
Tengo mi mansión

Y en monte tan santo
La Virgen del Cármen
Mitiga el quebranto
De mi corazón.

 Postrado de hinojos
Estoy á tus plantas:
Tus gracias ¿que ojos
Podrán contemplar?
Amor, madre mía,
No pido otra cosa;
Te amaré, oh María.
Siempre... sin cesar.





AYES DE HUERFANO

¿Quién hay en cuya mente se habrá desvanecido
Dulcísimo recuerdo de angélica mujer,
Del angel, que en la infancia miróle adormecido
En su blando regazo con celestial placer?

¿Quién hay que en su memoria no guarde idolatrada
La imagen de la madre, que alegre le arrulló,
Al eco dulce y blando de mística balada
Nacida en los más tiernos arranques de su amor?

¿Quién hay que una mirada tendiendo allá á lo lejos
Hacia su tierna infancia, cuando alegre sintió
En su caudida frente los mágicos reflejos
De angélica inocencia, que el alma poseyó,

Y atento contemplando las plácidas delicias,
Los más puros deleites, que puédtense gozar,
No traiga a su memoria las más dulces caricias,
Con que una madre tierna le hubiera de halagar?

¡Oh! nunca las escenas primeras de la vida
Se borran en el pecho del mísero mortal,
Y siempre en su memoria consérvase escondida
Del angel de su infancia la imagen celestial.

¡Ay triste! este recuerdo vagando por mi mente
Me llena de amargura, me llena de dolor;
Y sufro, y lloro, y siento que el cielo de mi frente
De amarillez so cubre, se tiñe de palor.



¡Mi madre! En su regazo gozando mil consuelos
Pasé la niñez tierna: relámpago fugaz....
Hoy llórola perdida, Sin compasion los cielos
Rebáronme con ella mi dicha, amor y paz.

Perdila cuando apenas en su copa dorada
Mil goces me ofrecía galana juventud,
Perdila antes que el alma pudiera desgraciada
Mostrarla en dulces pruebas su amor y gratitud.

Mil veces venturosos aquellos que á su lado
Aun gozan sus caricias, aun gozan de su amor.
Felices, sí; mi pecho jamás ha traspasado
Como al perder la madre, tan barbaro dolor.

¿Qué digo? Hoy en el mundo no encuentro ya alegría;
Ni puede mi alma triste vivir en soledad,
Ni puede entre deleites vivir un solo día,
Ni puedo, en fin, un paso sin un suspiro dar.

Que es hoy en este mundo mi vida una quimera,
Que es un constante sueño, que es mágica ilusión,
Que aquello que un instante mi gozo y dicha fuera
Al punto se convierte en bárbara aflicción.

Pues ¡ay! que si mis ojos en mágica mañana
Levanto hacia el Oriente, do va á brillar el sol,
Al ver el bello cielo de púrpura y de grana,
La aurora contemplando con fúlgido arrebol,

Los tiernos brazos abro, creyendo ser el alma
Del ángel, que en la tierra me amó con ciego amor,
Creyendo hallar con ella la paz dulce y la calma
Que anhela en vivas ansias el alma en su dolor.

Mas ¡oh ilusión mentida! pasó solo un momento,
Comienza los espacios el sol á iluminar,

La aurora desaparece, y entonces en mi siento,
La más aguda pena, el más hondo pesar.

Y acércase la tarde de gozos y de encantos,
Cuando del valle ameno perdido en el vergel,
Escuchan mis oídos dulces y suaves cantos,
Que en mi pecho resuenan bañándole en placer.

Y en éxtasis sublime paso el más dulce instante,
Creendo ser el cántico el eco arrullador
De mi querida madre, que contra el pecho amante
En mis más tiernos años así me adormeció.

Aun más; siento en mi rostro con plácida delicia,
Bañado el pecho entonces en gozo celestial,
Halago el más suave, la más dulce caricia,
Que yo juzgo un momento caricia maternal.

Y póstromo de hinojos. Más ¡oh mentido sueño!
Que al hincar mis rodillas un alamo moví,
Y un tierno pajarillo bellísimo, halagueño,
Sus alas dando al aire retirase de allí.

¡Ay! era que en el árbol, que al postrarme tocara,
Cantaba sus amores un dulce ruiseñor;
Aquello que mi frente, marchita hoy, halagara,
Fué de la masa brisa un ósculo de amor.

¡Oh pena! más mi pecho no hieras inhumana,
No turbes ¡oh tristeza! ya más mi corazón;
No quieras, fantasía loca, atrevida, insana,
Ya más atormentarme con tan vana ilusión.

Y llégase la noche. Como luciente plata
Entre herinosos bordados de púrpura y de tul
La luna relumbrando, gozosa se desata
Su blonda cabellera en el espacio azul.

Fijo en ella mis ojos, y allí descubrir creo
El rostro tan hermoso del ángel terrenal.
Sus labios purpurinos pareceme que veo,
Y en ellos una dulce sonrisa angelical.

Y extendo ya mis brazos para estrechar su cuello,
Y en sus tiernas mejillas de grana y de carmin
Quiero poner mis labios; mas ¡ay! que todo aquello
¡Oh amarga y dura pena! es ilusión al fin.

Es, ay, un vano sueño, que ya una parda nube
Del éxtasis me arranca, pues su faz le turbó;
Despierto de mi sueño, y el mágico querube
Vi que en livida luna de pronto se trocó.

¡¡Y siempre!! Ni un instante vivir puedo con calma,
Do quiera que mi nombre le siento pronunciar,
La voz ¡ay! de mi madre muy dentro de mi alma
Más dulce que la brisa pareceme escuchar.

Si alguna tarde al campo, buscando algún consuelo
Al lado de un amigo, me salgo a pasear,
En vez de algún deleite me encuentre un desconuelo
De mi madre en las flores la imagen al mirar.

Mi vida en este mundo es hoy continua pena;
Ya nada me consuela, con nada hallo placer,
¿Y qué? Si ya marchita se encuentra la azucena
En cuyo caliz siempre mi dicha yo libé?...

Así vivo, mi pecho de pena cruel transido,
Que cuesta de una madre la muerte tal dolor.
...Mas ¡ay! que nunca, nunca mientras no se ha perdido
De un bien conoce el hombre el precio y el valor.





FLORES DE UN RAMILLETE

Ofrecido por las niñas al Ilmo. y Excmo. Señor Obispo
Dr. D. Joaquín Beltrán y Asensio en la Santa Visita
Pastoral al pueblo de Bagama.

I

HIMNO

*(cantado por las niñas Purificación Hidalgo,
Francisca y Mariana de Partearroyo, Concepción y
Teodora González y María de las Nieves Ronco.)*

CORO

Salve, salve, Pastor amoroso,
Nuestras almas soñaban con Vos;
Este pueblo saluda gozoso
Al que viene en el nombre de Dios.

ESTROFAS

A tus plantas humillan sus frentes
Estos hijos de tu corazón,
Y en cantares sencillos, fervientes,
Sólo anhelan por tu bendición:
Que si tú con amor los bendices,
¿Qué más pueden, Señor, desear,

Si sus almas se sienten felices
Con creer, con sufrir, con amar?

Si Segundo su fé nos dió un día,
Que, al morir, con su sangre tiñó,
Como joya de rica valía
Este pueblo esa fe recibió;
Y en su pecho la guarda constante
Toda y pura, Señor, ya verás,
Ya verás que es cual firme diamante
Hoy que viene su fé á confirmar.

Adelante el que ocupa la silla,
Que el famoso Tostado ocupó,
El Tostado, la gran maravilla,
Que á su siglo y al mundo asombró.
El Obispo del célebre suelo
Del insigne San Juan de la Cruz,
Y del astro que no ya el Carmelo,
Sinó el mundo inundó con su luz.

No tendremos alfombras de flores,
Que poner con orgullo á tus piés,
Ni diademas de luz y colores,
Conque ornar tu cabeza después.
Lo que nadie á robarnos alcanza
Sí tenemos; ¿sabeis qué es, Señor?
Es la hermosa, la dulce esperanza
De Teresa, la fe y el amor.

II

TU VESTIDO Y EL MIO

(Recitada por la niña Cipriana González.)

Tu vestido es morado; me gusta,
Me gusta el color,
Pero más que el blanco, Señor, dispensadme,
No me gusta, no.

Que es la nieve purísima blanca,
Blanco el bello sol,
Blanca la azucena, la inocencia blanca,
Blanco mi candor.

Que es blanca la luna que brilla en el cielo,
Y la nube, que oculta su faz,
Y el alba, y el día,
Y la luz, y la espuma del mar.

Y las almas, que suben al cielo,
Son blancas, en sueños lo ví yo una vez,
Y los angelitos, que habitan la gloria,
Mi mamá lo ha dicho, son blancos también.

Por eso á las niñas, que llevan al hoyo,
Las visten así;
Por eso hay quien quiere vestida de blanco,
Vivir y morir.

Por eso yo sueño con este vestido,
Que es mi predilecto, lo sabe mamá;
Por eso yo vengo vestida de blanco
Tu anillo á besar.

Tu vestido es morado; me gusta.
Bonito color.
Pero más que el mio, Señor dispensadme,
No me gusta, no.

III

BENDECIDME

(Recitada por la niña Eleuteria Ronco.)

Pastorcito, pastorcito,
Tú que cuidas de las almas,
El del anillo de oro,
El del cayado de plata,
Escucha el triste balido
De una ovejita cansada.
Estos campos no me alegran,
Estas aguas no me sacian,
Quiero un campo y una fuente,
Que den contento á mí alma;
Dime donde está ese campo,
Dí donde esa fuente se halla;
Que estos campos no me alegran

Y estas aguas no me sacian;
Y si vos sois el Pastor,
Yo soy oveja cansada.

Mas no, no me lo digáis,
Que lo he visto esta mañana;
He gustado de unos pastos
Y he bebido de unas aguas,
Que me han llenado de dicha
Y han apagado mis ansias;
Razón tenía mi madre
Al decirme entusiasmada:
«Vas á recibir á Dios,
Hija, te envidio en el alma.»

Pastorcito, pastorcito,
El del cayado de plata,
El del anillo de oro,
El que vela por las almas,
Para completar mi dicha
¿No sabes lo que me falta?
Tu bendición solamente;
Por ella caigo á tus plantas.

IV

UN SUEÑO

(Recitada por la niña Cármen Garcia.)

He soñado. ¿Qué direis
Que soñó la niña cándida,
Como el rayo de la luna,

Como el reflejo del alba?
¿Sabéis qué sueña la rosa
En su capullo encerrada?
¿Sabeis qué sueña la brisa?
¿Sabeis qué sueñan las auras,
Dormidas entre el follaje
De la vecina enramada?
¿Sabeis qué sueñan las aves,
Cuando es de noche, y no cantan?
¿Sabeis qué sueña la luna
De luz mortecina, pálida,
En el seno de la nube,
Que sus rayos nos arranca?
Si conocéis estos sueños
Inocentes, y os agradan,
Oid el sueño venturoso,
Que soñó la niña cándida
Como el rayo de la luna,
Como el reflejo del alba.

Soñé que vi á mi Prelado
Por vez primera, y postrada
A sus pies, besé su anillo,
Con que aprisionó mi alma,
Que le cantaba canciones,
Que él con agrado escuchaba,
Que me bendecía riendo,
Y... me daba una medalla.

Y ¿qué direis que soñé
Que se me ocurrió al tomarla?
Yo os contaré lo que dijo
La niña inocente, cándida,
Como el rayo de la luna,
Como el reflejo del alba.

La tomé con gratitud,
La besé y dije enseñándola:
«Fuerte es, como este metal,
La fe, que llevo en el alma.»





Al pié de una Cruz.

¿Tan *santo* eres, Dios mio, que á tus ojos
Del pecado no ocúltase la mancha,
Mientras el alma, que ultrajó tu gloria,
Con la sangre de un Dios no esté lavada?

¿Tan *grande* eres, Señor, que tu excelencia
No puede ser cumplidamente honrada
Sino por una víctima tan grande
Como tú mismo? Tu *justicia* es tanta,
Que una víctima pides infinita
A la criatura, que á tu faz es nada?
Y tu *bondad*, Señor, á tanto llega
Que al mundo infame, al expiar su falta,
Le das, pues que su vida no es bastante,
Del Hombre-Dios la vida inmaculada?
Y eres tan *poderoso*, que enclavado
Tú en una Cruz, rendido está á tus plantas
El infame Luzbel con sus precitos,
Mientras vuelan á ti todas las almas?
¿Eres tan *sabio*, que en la Cruz, Dios mio,
Tu amor, justicia y santidad hermanas,
Y desde el más profundo abatimiento

Con tu poder inmenso me anonadas?
Tan *sabio* que ahí encuentras el secreto
De inspirar á los hombres confianza
La más filial en su largo extravío,
Y de la perfección en la elevada
Cumbre el temor más santo y saludable?
Te adoro de rodillas, Cruz sagrada,
Creo en tí, creo en tí, porque así creo
En el ser Sumo, que los cielos cantan,
Del modo el más sublime y el más solido.
¡Deistas! Si es preciso que un Dios haya,
Ese Dios... es el Dios, que se nos muestra
Pendiente de una Cruz ensangrentada.





A Santa Teresa de Jesús.

Me asombra ese laurel de poetisa,
Que adorna tu cabeza,
Los sublimes acentos de tu lira,
Tu talento y tu ciencia.

Te admiro entre peligros y trabajos
Impávida y serena,
Devolviendo al Carmelo, donde vives,
Su pristina belleza.

Grato es mirar, después que tú pasaste
Reparando las brechas,
La morada, que habitan los preclaros
Hijos de los Profetas.

Te admiro entre Querubes celestiales,
Que en torno de tí vuelan,
Y de las flores puras del Carmelo
Tu bella alfombra siembran.

Pero ¡oh! cuánto me place contemplarte,
Cuando, viendo al Amado, en pos de él vuelas
Y lloras, porque no es veloz el alma
Que vive entre cadenas.

Cuando te miro en brazos del Amado,
Reclinando en su pecho tu cabeza,
Recibiendo sus ósculos, en tanto
Tu alma en deliquio celestial se anega!...

* * *

Timida palomilla,
Nacida entre la nieve de la sierra,
Quién te enseñó á amar tanto?
¿Quién en tu corazón paso esa hoguera?

Dáme una chispa de ese fuego intenso,
Que es lo que más me asombra en tí, Teresa,
Dame algo de ése amor, de ese amor grande,
Que tu pecho inocente consumiera.

¡Oh qué dulce es tener el alma herida,
Siempre que sea Dios el que la hiera!
Dulce es amar, cuando el amor ardiente
De Dios, solo de Dios, el alma llena.

No, no es amar sufrir, aunque así dicen;
El amar es gozar, dice Teresa:
«Luzbel en medio de su infierno horrible
Sería un ser feliz, si amar pudiera.»





La Adoración.

Yo siento aquí en mi pecho, honda, muy honda
Como el fondo insondable de un abismo,
Como la lava de un volcan ardiente,
Impetuosa, como grande rio,
Persistente, vivaz, indestructible,
Inmortal, la *pasión de lo divino*.
Quiero adorar. Irresistible impulso
Siento hacia Dios; hasta en el aire aspiro
Este constante afán; es de mi esencia,
Por doquiera lo busco y lo persigo.
Y á nada presto mi adhesión simpática
Ni mi profundo amor á nadie obligo,
Sin allí colocar, aunque no quiera,
Un reflejo, una sombra de Dios mismo;
Que al amar con pasión, con ansia loca,
Hasta la adoración, del Infinito-
Destaco un rayo de su amor sin duda
Robo una perfección al Ser divino,
La coloco en la frente de quien amo
Con ardor, con locura, con delirio,

Exclamo contemplándolo: *adorable*,
Y á sus plantas me siento caer rendido.

Y esto, que siento yo, lo siente el mundo:
Un día esta *pasión de lo divino*
Del alma se borró de las naciones,
Las pasiones llevarónla consigo
A un abismo de cieno y allí hundióse,
Dejando su legitimo camino:
Deificaron los pueblos sus deseos,
Sus amores ¿qué más? oh, ¡sus delitos!
Y el dicho de Bosuet se realizaba,
Todo, todo era Dios excepto El mismo.

Más al ir de criatura en criatura
La universal pasión de lo divino
No deja de ser ella... la insaciable
Sed de adorar, que abrasa el pecho mío,
La acción de Dios del alma allá en el fondo,
La continua atracción del Infinito,
Como al pasar de un continente á otro
No deja nunca el mar de ser el mismo.

Que la revolución destruya altares,
Que nuestros templos queme el fuego impio,
No arrancarán á Dios jamás del mundo.
Si existe un corazón, que dé latidos,
El ansia de adorar vivirá siempre,
Y solo es adorable... lo Divino.





A NUESTRO SANTÍSIMO PADRE LEÓN XIII

*Con motivo de la consagración del mundo al
Sacratísimo Corazón de Jesús.*

¿Quién habló que á su voz majestuosa
El mundo se detiene en su carrera?
¿Qué voz es esa augusta, poderosa,
Que hace al siglo gigante
Asentar en la tierra su rodilla
Y su frente altanera
Descubrir? ¿Quién habló que el mundo entero
Obedece á su voz? ¿Quién, quién impera
Así en el libre corazón humano,
Como maneja el hábil marinero .
Su delicada quilla
En las aguas inmensas de Océano?
Enemigos de Dios, falange impura
De espíritus del mal, que hacéis la guerra
A la verdad, venid. ¿Veis ese anciano,
Cuyo cuerpo se inclina hacia la tierra,

Dónde ve abierta ya su sepultura?
¿Le veis en la prisión del Vaticano,
Roto su cetro y su corona hollada?
¿Le veis marchita ya su augusta frente
Llena de majestad, cual queda ajada
La flor cuando anochece,
Sombria su faz, porque la luz hermosa
Se escapa de sus ojos, mas risueña,
Como con los matices de la rosa
Queda el cielo riendo
Cuando el brillante sol desaparece?
¿Le veis? En vano Satanás se empeña
Con su infame tropel arrebatarle
Su inmenso poderio.
¿Qué logró, que logró con encerrarle
En la augusta prisión el brazo limpio?
¿Qué ha logrado el acero
Con robarle su cetro haciendo infame
Del más sagrado Rey un prisionero?
Cejad, legión de monstruos, que rugiendo
Le combatis desde el Pirene al Ande,
Os afanais en vano:
Cejad, sí, que el Pontifice Romano,
Cuanto más le humillais, tanto es más grande.

El vió al ángel del mal vibrar la espada
Guerra á la Cruz gritando furibundo,
Y al grito horrible por Luzbel lanzado
Miró á las sombras envolver el mundo.
Y vió á la Iglesia amada,

Que asentó Dios sobre inmortal cimiento,
Vacilar el anciano, y lacerada
Sintió el alma por hondo sufrimiento.
Vió á los secuaces del error triunfantes
Guerra á Cristo exclamando, y á este grito
Ser Jesús expulsado de las almas,
Y en el humano corazón altares
Alzar doquier á Satanás maldito.
Guerra al infame, repetir oía
Una vez y otra vez, y el pobre anciano
En su prisión gemía,
Viendo á Luzbel reinando en las naciones,
Hasta de la familia en los hogares,
¿Qué digo? aun en los mismos corazones.
Y su diestra potente
El Pontífice alzando,
Atrás, dijo á Luzbel, ¿cómo pretendes,
Espíritu nefando,
Robar su imperio á Cristo? Oh no, detente,
Hazte atrás; Cristo solo
Es Rey del universo, y en la tierra
El Cristo ha de reinar de polo á polo.
Cristo es el Rey del mundo. ¿Quién la guerra
Se atreve abiertamente á declararle?
A El, esplendor hermoso de la gloria
De Dios Padre, la imagen de su esencia,
Atreverse la nada á derribarle?
No; no cantéis victoria,
Espíritus del mal, turba orgullosa,

No se le arranca, no, su poderío
A aquel, que con su diestra poderosa
Hizo los soles y llenó el vacío:
Cristo es el Rey del mundo; El le ha formado
Y El con su sangre pura le ha adquirido;
Por un precio infinito El ha comprado
Lo que era suyo. ¿Cómo has pretendido
Satán infame, en tu maldito encono
Lanzar á Cristo de su doble trono?
Jesús es nuestro Rey. Con caracteres
Eternos lleva escrito en su corona:
«Soy el Alfa y Omega de los seres;»
Y en la orla de su manto de topacios,
Brillante, cual la luz que los espacios
Inmensos ilumina,
Está escrito con rasgos inmortales:
«*Rey de Reyes, Señor del que domina.*»
Jesús es nuestro Rey. ¿Quién como Cristo?
Guerra á Luzbel, que arrebató la gloria
De Dios pretende; guerra á la criatura,
Que en su delirio insano,
En su eterna locura,
Quiere el trono escalar del Soberano.
Cristo es el Rey del universo mundo.
De rodillas, mortales,
¿No escucháis de su amor la voz, que gime,
Más dulce aun que el cántico sublime,
Que entonan los Querubes celestiales?
Dame tu corazón, dice llorando,

Ese corazón, sí, que es cosa mía,
Y que furiosa en derredor bramando;
Me quiere arrebatár la chusma impía:
¿No ves, hijo, no ves cuál me aborrecen
Los hijos del error? ¿Qué es de mi gloria
Si de la luz los hijos no me aman?
Todos los hombres ¡ay! me pertenecen;
Pero y qué, si su Rey no me proclaman?
Amor á Cristo, pues, amor sincero
Contra el encono inicuo del malvado;
Amor al Corazón, que nos ha amado
«Hasta verter su sangre en un madero.»

Dijo: Y cual cae la inteligencia absorta
De la verdad ante el fulgor divino,
Así el mundo cristiano
Ante la imagen de Jesús caía,
A la voz del Pontífice Romano.
Yo vi á los fieles todos en un día,
A un mismo tiempo, al Corazón amante
De Jesús dar la llave de su pecho.
Cristo es el Rey. Triunfante
Al frente va de sus predestinados,
Y á todos los precitos
Al carro de su triunfo lleva atados.
Cristo es el Rey. Caerá, caerá deshecho
El hijo de la sombra, de sus iras
Por el terrible rayo. La victoria
Será de Cristo, el Universo mundo
Aclamará por Rey al de la gloria.

Y en su dolor profundo
El hijo de Luzbel, al ver su vida
Escaparse, frustrado su deseo,
Le arrojará la sangre de su herida
Exclamando: «¡Venciste, Galileo!»





A Santa Teresa de Jesús.

CON MOTIVO DE LA PROFANACIÓN DE LAS PLACAS
DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Angel santo del Carmelo,
Héme á tus plantas de hinojos,
Con llanto amargo en los ojos
Y en el alma desconsuelo;
Mi madre, con dulce anhelo,
Me llevó al pié de tu altar,
Siendo niño, y al besar
Tu hermoso manto, me dijo:
«Es nuestra Patrona, hijo,
Juráme que la has de amar.»

Desde entonces, oh Teresa,
Tu amor guardo yo en el alma,
Cuyas penas solo calma
La gran virgen avilesa.
Pero hoy que la siento presa
Del más vivo sufrimiento,

¿Quién calmará su tormento,
Si al pié de tu rico altar...
Estoy viéndote llorar
Con amargo sentimiento?

 Mi herida, esta herida mía,
Que es causa de mi aflicción;
La miro en tu corazón
Más profunda todavía.
Hirieron con rabia impia
Los que aborrecen la luz,
Los que hacen guerra á esa cruz,
Que el mundo ferviente besa,
Cuando á *Jesús de Teresa*,
A *Teresa de Jesús*.

 ¡Oh, sí! lloras al mirar.
Gloria de mi amada tierra,
El delito, que me aterra,
Al quererle recordar.
Lloras !ay! al contemplar
Cómo la turba precita
Huella la imagen bendita
Del Sagrado Corazón
En tu patria, en la nación,
Que debe de estar maldita.

 Lloras, al ver al malvado,
En su diabólico encono,

Arrojando de su trono
A tu esposo immaculado.
A tu Jesús adorado,
A mi dulce Redentor,
Que con lenguaje de amor
En un tiempo te decía:
«Teresa, paloma mía,
Desde hoy velarás mi honor.»

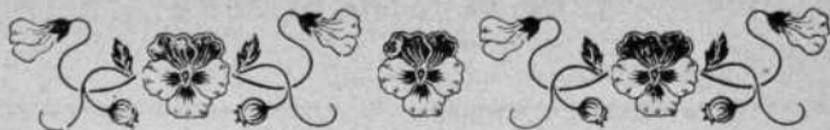
—
¡Perdón, Teresa, perdón!
¡No llores! Que no vea el cielo
Al serafin del Carmelo
Sumergido en la aflicción.
Pues... ¡pobre de la nación,
Que hace llorar á Teresa!
Que es la virgen avilesa
Para Dios prenda tan cara,
Que, si el mundo la injuriara,
Al mundo hiciera pavesa.

—
¡Perdón! Mira, compasión
Infunde tu pobre España;
Tu Dios, en su justa saña,
La ha herido en el corazón.
¿Qué será de esta nación,
Donde á Cristo no se quiere,
Que así el *non serviam* profiere
Contra tu esposo adorado,
Si... será desmenuzado
Quien contra Jesús cayere?

Perdón, Teresa, perdon.
Son los culpables muy pocos;
Pues si ultrajan cuatro locos
De tu Esposo el Corazón;
Contra esos hay un millón,
Que grita al rebelde: ¡fuera!
Cristo vence, Cristo impera;
Que, si es fuerza sucumbir,
Está dispuesto á morir
Abrazado á su bandera.

—
¿Nos ves? Al pie de tu altar
La juventud avilesa
Siempre á *Jesús de Teresa*
Promete que ha de adorar.
¡Oh, si El quisiere vengar
El ultraje recibido,
Dile al Esposo querido
Que, al ver rota su bandera,
Aquí no hay uno siquiera
Que no le haya bendecido.





A LA MUERTE DEL MALOGRADO POETA

Don José María Gabriel y Galán.



Dedicada al Muy Ilre. Sr. Dr. D. Jerónimo Lucas,
Rectoral y Rector del Seminario de esta Ciudad.

¿Por qué lloras, vaquerillo,
Que los montes extremeños alegrabas
Con las notas del rabel, que yace mudo,
Con los sonos de tu flauta,
Con tus cánticos, más dulces
Que el murmullo de esos bosques y el suspiro de esas auras
Di, ¿qué tienes? ¿por qué gimes, por qué lloras,
Cuando, hace poco, cantabas?
—Qué qué tengo?
Tengo un peso en el fondo de mi alma,
Que me oprime horriblemente,
Que me agobia, que me mata.
Tengo una pena, una pena
Como un puñal afilada,
Como noche de tormenta horrible, negra,
Como el mar inmensa, amarga.
No soy yo solo quien sufro,
No soy solo quien partida tengo el alma,

Porque aquí en estos contornos,
No se escucha una tonada,
No hay un vaquero que cante,
Ni hay ya, que vibre, una gaita;
Y hasta el cielo se presenta sin colores,
Sin rumores ni armonías la alborada,
Y es la tarde melancólica,
Como triste, melancólica está el alma,
Y los pájaros no trinan
En las tristes, silenciosas, enramadas,
Y los árboles se yerguen amarillos,
Que el dolor hace amarillas á las plantas;
Y las aguas del arroyo en su murmurio
O es que gimen apenadas,
Y lloran, como yo lloro,
O es que elevan hasta el cielo una plegaria;
Que á don Pepe le querían
Las piedras de estas montañas.
Que era el padre de estos pobres campesinos,
Cuyas penas él calmaba;
Que apagaba nuestras hambres
Y llenaba de consuelo nuestras almas.
Mas ¿qué digo? si los cielos se reían,
Y los campos á su paso se alegraban...
—Y Gabriel Galán ha muerto?...
—Como un santo, porque fué su vida santa.
Ha muerto abrazado á un Cristo,
Como el Cristo de la ermita, en que rezaba,
Como se mueren los justos,
Como un angel, que sus alas
Plega un momento tan solo,
Las bate luego, y se lanza
Por espacios de colores y de aromas
A las fulgidas regiones de su Patria.

II

—Llora, llora, vaquerillo,
Que los montes extremeños alegrabas
Con las notas del rabel, que yace mudo,
Con los sonos de tu flauta,
Con tus cánticos, más dulces
Que el murmullo de esos bosques y el suspiro de esas auroras,
No eres tú solo quien sufre,
No eres solo quien partida tiene el alma,
Pues en todo este contorno
No se escucha una tonada,
No hay un vaquero, que cante,
Ni hay ya, que vibre, una gaita.
Que hasta el cielo se presenta sin colores,
Sin rútores ni armonías la alborada,
Y la tarde es melancólica,
Como triste, melancólica está el alma.
Que los pájaros no trinan
En las tristes, silenciosas enramadas,
Y los árboles se yerguen amarillos,
Que la pena hace amarillas á las plantas.
Si Galán les daba vida,
¡Y se ha muerto quien la vida les prestaba!..
Llora, llora, vaquerillo,
Al que tus hambres mataba;
Llora al que lloran las Artes,
Llora al que llora la Patria.
A quien la Religión llora,
Cual madre desconsolada
Llora al hijo cariñoso,
Que se formó en sus entrañas.
Se apagó tu astro en su cielo;

Murió de un genio la llama,
Y es lo triste, que murió cuando nacía,
Cuando á brillar empezaba.
El cantor de la virtud y del trabajo,
De las mieses, de las vegas y cañadas,
De los campos castellanos,
De los campos de mi patria,
De los cristianos solares,
El sublime trovador, al que inspiraban
Del campo los puros goces,
Cuya vida sentir supo y que expresaba
En cantares más sabrosos y más dulces
Que la miel de sus colméas y la leche de sus vacas,
¡Ay! fué un sol, que se apagó en su mediodía,
Cuando más puro brillaba.
¡Gloria á Dios, que si la lumbre de los genios
El enciende, cuando quiere los apaga!





LA NIÑA DE LA SIERRA Y LA VIRGEN DE LOURDES

(HISTORICO)

I

Tendida está en su lecho
Blanco, como la nieve de la sierra,
La niña, que cantaba
Y saltaba á la par de peña en peña.
Mustio se halla el carmin de sus mejillas,
Marchita de su frente la azucena,
Cual flor, que agosta el viento,
Cual purpurina rosa, que el sol seca.
Yo la ví un día en el templo
De ángel vestida, como un ángel bella;
Cantaba, en los altares de la Virgen
Colocando claveles y azucenas.
No sé lo que diría en sus cantares
La niña de la Sierra.

Tendida está en su lecho
La niña, medio muerta,
Como luz, que se apaga,
Como flor, que se seca,
Como sol, que se pone,
Como luna, que mengua,

Como ángel, que se muere,
Si los ángeles bellos se murieran.
— Y la ciencia ¿do está?— Para salvarla
Se declaró impotente ya la ciencia.

II

Junto á su lecho blanco,
Como bello manojito de azucenas,
Llorando está su madre,
Llorando está su pena,
Que sin pupila quédanse sus ojos,
Que se extingue su estrella,
Que se muere su hija,
Su corazón, su amor, su vida entera.

De pronto aquella madre se arrodilla
Y ya no llora, reza.

¡Qué plegaria tan dulce!

¡Qué súplica tan tierna!

Qué oración tan hermosa al cielo sube,
Como el incienso en el altar se eleva!

¿Qué es lo que dice en su oración la madre,
Y cuál será del cielo la respuesta,
Que abre su corazón á la esperanza
Y arroja de él la pena?

¿Qué la dice la Virgen de Lourdes,
Aquella Concepción bendita, bella,
Ante quien tantas veces se arrodilla,
Única amiga, á quien sus penas cuenta?
¡Oh! Yo no sé decir lo que diría

Allá, en su corazón, la madre aquella,
Ni sé si su plegaria subió al cielo,
Ni qué es lo que la Virgen la contesta.
Tan solo pude ver que allá mi niña,
La niña de la Sierra,
Tiende su mano descarnada y toma
La bella imagen, que mamá la entrega.
Yo no sé que la dice,
Solo sé que la besa,
Que ora la niña, y de repente exclama:
«Mamá, me encuentro buena.»

III

Unas horas más tarde
Dejó el lecho la Niña de la Sierra;
La he vuelto á ver cantando
Y saltando á la par de peña en peña.
La he visto allá en el cerro,
Donde sus ovejitas se apacientan,
Y junto á los cristales del arroyo,
Jugando en sus riberas,
Corriendo entre los álamos del soto
Y cogiendo en los valles azucenas,
Y la he visto en el templo
Cantando alegre ante la imagen bella
De la Virgen, que adoran los serranos,
La ví y lloré, lloré sin que quisiera.
¡Oh! ¡qué cosas decía en sus cantares
La Niña de la Sierra!



AL PRINCIPE DE NUESTROS INGENIOS

D. Miguel de Cervantes Saavedra,

*(Dedicada al Ilmo. Sr. D. Cándido Monares,
Director de este Instituto provincial.)*

Que cante me han pedido,
Yo que no tengo voz ni melodía,
Como el tierno polluelo, que en su nido
Mudo ve despuntar el nuevo día.
¡Cantar! ¡cantar!... Y á quién las cuerdas rotas
Celebrarán del arpa arrinconada?
¿A dónde ha de mandar sus pobres notas
Una lira, que yace abandonada?
¿Yo cantar?... Y si fuera
El objeto por fin de mis cantares
Algo, que aquí en el alma yo tuviera,
Algo, que amara yo, que yo quisiera,
Algo que se encontrara en mis altares!...
Si lo que he de cantar fuera algo mío,
Algo de lo que más adora el alma,
Si no distara tanto
Del genio en cuyo honor piden mi canto,
Si en su mano la palma

De la virtud, que ansio,
Mostrase, y su alba frente luz bella
De la fe, que yo adoro, iluminara,
De la fe, celestial y pura estrella,
Divino sol, entonces yo cantara.

Mas no he de celebrar á un enemigo
De mi Madre la Iglesia, en quien yo adoro,
De mi Dios, que es mi Padre y es mi amigo,
De mi fe que es mi bien y es mi tesoro.
A un enemigo de la Patria mia,
Que si hoy mismo la sangre me pidiera
Y el reposo, y la calma,
La sangre de mis venas yo la diera,
Y el bienestar, y el corazón y el alma.

¡Cantar! No he de cantar, aunque sea el genio
Más grande que ha existido, yo lo juro,
Aunque el rey sea del humano ingenio,
Si, como yo, no fué cristiano puro.

Esto pensando me quedé dormido,
Resonando en mi oido
El grito de la turba de malvados,
De nuestra sociedad inmunda escoria,
Que mostrándome al genio esclarecido,
Exclamaba: «Menguados:
¿Cuándo nos opondréis así una gloria?»

¿Fué ilusión? No lo sé; tan solo siento
Que el corazón de dicha se me ensancha
Ante la aparición, que yo presiento,

Ser la sombra del mágico talento,
Que dió á luz al «Hidalgo de la Mancha».
»No hagas caso,—me habló,—de gentes ruines;
¿Ves sin vida este brazo de un valiente?
No pienses que obra fué de espadachines
O de rufiana gente.
De mi valor en el combate fiero
Es claro testimonio,
Prueba de ardor en el naval combate,
En que Cristo y Mahoma batallaron,
Y el imperio del mundo disputaron
La verdad y el error, Dios y el demonio.
¿Acaso peleando, siendo herido,
Por nuestra fe, cayendo prisionero,
Debiendo á religiosos mi rescate,
Yo, Cervantes, quizá me he parecido
A esa chusma de locos, gente necia,
Que á su Dios, y á su Patria y Rey desprecia?
¿Cómo he de ser yo suyo, si queria
Lo que odian con furor esos malditos,
Y lo que aman yo siempre aborrecia?
Ahí están, que lo dicen, mis escritos;
Ahí están mis combates, mis dolores,
Mis pensamientos todos, mis amores.
¿Cuándo mi ingenio, dí, se hubo abrevado
En las aguas fangosas
Del crimen y del vicio?
¿De la inmoralidad hube tocado
El borde alguna vez del precipicio?

Yo bebí en las corrientes cristalinas
Purísimas, hermosas,
De la virtud, que amé, de la inocencia.
Siempre leyes humanas y divinas
Respetó mi conciencia,
Y aunque en las realidades de la vida
Amargas también hube tropezado,
Siempre el pudor por mí fué respetado,
Con la fe de mis padres recibida.

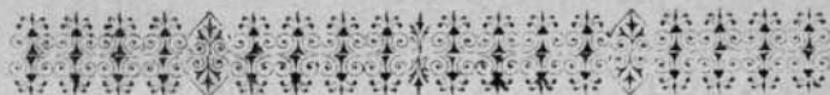
La saña no hallarás en mí «*Preciosa*»
De que «*Esmeralda*» encuéntrase repleta;
Jamás pinté una escena licenciosa,
Nunca inmundicias destiló mi labio,
Fuí *más bueno que sabio*,
Fuí siempre *más cristiano que poeta*.

Lee mi «*Ingenioso Hidalgo*», la más grande
Obra; que al mundo diera ingenio humano,
Y que conocen del Pirene al Ande.
Es de la humanidad el gran poema.
Allí verás al hombre loco, vano,
Sin fe en el alma, sin cesar corriendo
Tras ilusiones mil, y con gran flema
Todo entre tanto al rededor riendo.
¡Ah! no hiciera tan poco
Este hombre, ni tacharánle de lerdo,
Si al fin después de haber vivido loco,
Como el manchego hidalgo, muere cuerdo.»
Así dijo, y calló, como la mansa
Voz de las brisas en la selva muere;

Y dije al ver que aquella sombra huía:
Rey de nuestros ingenios ¡oh! descansa.
Lo que acabo de oírte lo sabía;
Como sé lo que aquella chusma quiere,
Que se empeña en hacer la noche día.

Descansa, sí. Mi lira destemplada
Nunca tuvo armonías, ni dulzura
Mi triste voz cascada.
Son para ti muy pobres mis cantares;
Pero al medir la altura,
A que ascendió tu ingenio en rauda vuelo,
Al ver cómo te tejen á millares
Coronas hoy en el hispano suelo,
Oh ingenio soberano,
Si es cierto que muy grande, muy cristiano,
Yo también siento que en el alma mía
Hay entusiasmo para ti y amores.
Si supiera cantar, te cantaría.
No sé cantar. Hacedlo, trovadores,
Yo rezaré sobre su tumba fría,
Y su sepulcro cubriré de flores.





INDICE

| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| Avila..... | 9 |
| Inviernos..... | 25 |
| Caridad suma..... | 27 |
| La Transverberación..... | 33 |
| Espinas del Corazón..... | 35 |
| Nieblas..... | 37 |
| María al pié de la Cruz..... | 39 |
| Becqueriana..... | 43 |
| Flores de Mayo..... | 45 |
| Soneto..... | 49 |
| A una madre en su soledad..... | 51 |
| A mi Patria..... | 55 |
| Mentira y verdad..... | 61 |
| La tumba del héroe..... | 63 |
| Primavera..... | 69 |
| ¡Ya vuelven!..... | 71 |
| María Inmaculada..... | 73 |
| A la Seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús..... | 79 |
| Desposorio místico..... | 85 |
| María Inmaculada Patrona de mi Patria... .. | 87 |
| Canto del Carmelita..... | 103 |
| Ayes de huérfano..... | 105 |
| Flores de un ramillete..... | 109 |

| | Páginas. |
|--|----------|
| Al pié de una Cruz | 117 |
| A Santa Teresa de Jesús. | 119 |
| La adoración. | 121 |
| A nuestro Stmo. Padre Leon XIII con motivo de la consagración del mundo al Sacratísimo Corazón de Jesús. | 123 |
| A Santa Teresa de Jesús | 129 |
| A la muerte del malogrado poeta Don José María Gabriel y Galán | 133 |
| La niña de la sierra y la Virgen de Lourdes | 137 |
| Al príncipe de nuestros ingenios Don Miguel de Cervates Saavedra | 141 |

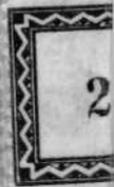


ERRATAS PRINCIPALES

| Página. | Línea. | Dice. | Léase. |
|---------|--------|-------------|-------------|
| 14 | 25 | Desprecia | Despreció |
| 65 | 11 | atenuará, | atenuara |
| 65 | 22 | Hallará | Hallara |
| 96 | 22 | preparáte | preparate |
| 110 | 22 | conque | con que |
| 127 | 12 | «Hasta | Hasta |
| 128 | 13 | Juráme | Júrame |
| 130 | 7 | ni | mi |
| 133 | 10 | auras | auras. |
| 134 | 7 | meláncolica | melancólica |
| 136 | 12 | duloes | dulces |







2

